

SUPLEMENTO SEMANAL DE ARRIBA

AÑO I

MADRID, 15 DE NOVIEMBRE DE 1942

NÚM. 46

LOS SEGUROS SOCIALES EN ESPAÑA

SUMARIO

- Política demográfica, por el doctor Primitivo de la Quintana. Pág. 2.
Voz de mando, por José A. Girón. Pág. 3.
Las bases técnicas de los Seguros Sociales, por José Alvarez Ude. Pág. 4.
El Caudillo y la Previsión Social, por Bartolomé Mostaza. Pág. 5.
Familia y Estado, por José Muñoz Rodríguez. Pág. 6.
Los Seguros Sociales en el Mundo, por Luis Jordana de Pozas. Pág. 7.
Realización del Seguro Social en España, por Pablo Martínez Almeida. Pág. 8.
Caridad y justicia ante el sentimiento maternal, por Luis Filgueira. Pág. 9.
La asistencia sanitaria a la madre y al niño, por Juan Bosch Marín. Págs. 10 y 11.
El Seguro de Maternidad, por Sebastián Criado del Rey. Pág. 12.
Los Seguros Sociales en el campo, por Mercedes Sanz Bachiller. Pág. 13.
Inversiones de fondos de los Seguros Sociales, por C. González-Bueno. Pág. 14.
Hacia el Seguro de Enfermedad, por Alfonso de la Fuente. Pág. 15.
Las enfermedades profesionales, por el doctor José María Bordona. Pág. 16.
El Seguro de Accidentes del Trabajo, por Isaac Galcerán Valdés. Pág. 17.
Subsidio de Vejez, por Mariano Fuentes Cascajares. Pág. 19.
El otoño de los viejos, por Román Escohotado. Pág. 20.



POLITICA DEMOGRAFICA

Por el DR. PRIMITIVO DE LA QUINTANA

EN ningún fenómeno se manifiesta con tanta intensidad el signo de una política como en el demográfico, y si no se obtienen en un período corto resultados apreciables, al menos queda siempre como huella clara y perdurable en la legislación y en la política la actitud que frente a él se adoptó. Es característico observar cómo en uno de los aspectos del problema, la disminución de los óbitos, existe una concordancia perfecta en las más distintas concepciones políticas e ideológicas. Por el contrario, cuando del factor natalidad se trata, la distinción no sólo aparece clara, sino que una separación abismática se establece entre los que sólo luchan y propugnan soluciones para conquistar el bienestar material y los que, siguiendo el camino más difícil, sienten en la voz de su conciencia la llamada del deber y de la responsabilidad ante Dios, que les muestra en el bien social un espejo de la caridad cristiana y un medio de perfeccionamiento espiritual. Simbólica ejecución del santo canciller Tomás Moro por no consagrar con su consentimiento la ruptura del regío matrimonio, que marcaba asimismo la quiebra del Sacramento y la legitimación de una moral pública egoísta y anticristiana, en la que el vínculo familiar que conserva y transmite el vigor de la estirpe y el potencial demográfico quedaba desgarrado y sangrante como su cabeza, que trágicamente reflejaban las aguas del Tamesis.

Igual sucede cuando de mejorar la calidad hereditaria se trata. La sensibilidad espiritual y política de unos parece recibir menos hondamente el sentido de la personalidad y de la dignidad humanas que la de otros. La conformidad es absoluta en la necesidad de la preocupación eugénica, pero la disparidad es infranqueable en cuanto a los métodos empleados. Nuestro sentido católico siente repugnancia instintiva ante cualquier método de eliminación eugénica de los antisociales, de conservación ordenada de las cepas mejores. La Iglesia subordina siempre cualquier fin eugénico al fin supremo del hombre, y condena, por consiguiente, el certificado prenupcial, con la consiguiente eliminación del derecho al matrimonio, así como todo intento de esterilización preventiva. La coacción legal es inadmisibles. Otra cosa es el certificado médico prematrimonial informativo, que tiende a la disuación voluntaria del matrimonio en los individuos enfermos o continuadores de determinadas taras. Por otra parte, el ambiente puede sustituir a las leyes de la herencia y modificar el complejo psíquico y somático del hombre, y, actuando sobre varias generaciones, mejorar la estirpe, haciendo desaparecer determinados caracteres desfavorables formados bajo la influencia adversa de este ambiente.

La política demográfica positiva, que acrecienta el número, no es ningún factor disgenético, como se ha venido diciendo, sino que, por el contrario, provocando un mayor número de combinaciones posibles entre los genes, da lugar también a un mejoramiento cuantitativo. Solamente se requiere que esta política demográfica no sólo se ocupe de acelerar el movimiento de población en un sentido dinámico, a través de los nacimientos, los matrimonios y la evitación de las muertes, sino que procure el mejoramiento de las condiciones higiénicas y fisiológicas en toda la Nación.

En España, afortunadamente, tenemos en marcha una gran política demográfica, merced a la preocupación y al impulso vigoroso del Caudillo, que con su palabra, su deseo y su acción la anima constantemente. Esta política requiere la canalización en un sentido determinado de una cantidad tan grande de aspectos y problemas de la vida nacional, que realmente abarca casi la totalidad de las manifestaciones y realizaciones del pensamiento político en cuanto éste se traduce en cualquier tipo de legislación o de creación de instituciones que de manera más o menos radical afecten a la entraña del pueblo en lo social, lo económico o lo moral.

Cuando en el pensamiento político está profundamente arraigada, a manera de fermento vivificador, la idea de que la patria no representa solamente una realidad territorial y geográfica, sino que es un destino común, que encuentra su unidad en el tiempo y en él ha de cumplir una misión, surge potente el sentimiento de la necesidad de la estirpe, como garantía de continuidad, y se aspira, en consecuen-

cia, a que ésta sea numerosa, sana y robusta. Así se adquiere la conciencia demográfica, y su presencia se acusa al hacerse la regulación política de todos los fenómenos sociales y económicos, y más ostensiblemente aún en la creación del clima psicológico y moral, que condiciona el acrecentamiento más rápido posible de la población.

Indudablemente, está claro hoy día que la voluntad de pervivencia de los pueblos es capaz de determinar su crecimiento; pero cuando se trata de precisar en el terreno de los hechos prácticos el desenvolvimiento de esta voluntad es preciso pensar que así como en la limitación del número de óbitos los programas sanitarios pueden precisarse y sus resultados hacerse ostensibles con una fuerte acción de gobierno, el aumento de la natalidad, en cambio, si bien es posible con un sentimiento nacionalista exacerbado para determinadas áreas sociales, solamente el despertar de la conciencia moral puede trascender a dimensiones nacionales más extensas, aunque es preciso evitar hasta donde sea posible toda oposición profunda entre los intereses individuales, centrados en la familia, y los colectivos como nación. En este sentido, toda política de población ha de cuidar con esmero el soporte económico que permita el bienestar del pueblo, concediendo una gran atención a su distribución interna sobre la totalidad del territorio nacional en relación con las fuentes de riqueza que puedan ser desarrolladas.

Al Instituto de Colonización le corresponde un gran servicio dentro de la po-

cada vez más a amplias zonas geográficas y sociales. Está bien que para combatir este mal tratemos de evitar las posibles determinantes económicas y sociales; pero no debemos fiar mucho en que éstas puedan contrarrestar lo que muchas veces es una postura moral y psicológica, que solamente es posible corregir con un tratamiento de esta índole. La restauración del sentido familiar, católico y español que aparece en toda la legislación del Caudillo, es el mejor presagio del éxito. La política demográfica tiene una parte de apostolado y de modificación de la conciencia colectiva; pero es en la intimidad de la conciencia individual donde puede el sacerdote, en nombre de intereses más altos, siguiendo las consignas de León XIII y las de Pío XI, principalmente, con la gran Encíclica «Casti connubii», atajar el mal.

En la política, nuestro Movimiento ha creado como timbre de honor el renunciamiento a la cómoda postura de ir sorteando el presente de manera vacilante ante la presión temerosa de un porvenir incierto por la más difícil, pero llena de grandeza, de enfrentarse decididamente con el futuro que se ambiciona crear; esto determina un deseo de tensión demográfica. En los países que han sabido mantener fuerte esta tensión, la natalidad ha subido en algún grado; pero es prematuro pensar si esto puede ser permanente y si se pueden conseguir masas suficientes de personas que sientan hasta la intimidad profunda de su conciencia procreadora el orgullo nacional y el orgullo de la estirpe.



lítica demográfica española si se desenvuelve lo necesario el patrimonio familiar y si en los adinamientos se sigue, a ser posible, un sentido selectivo en la calidad física y moral de los colonos. Esta colonización interior será capaz, además, de fijar definitivamente sobre el territorio patrio a gran número de familias que de otra forma podrían llegar a engrosar los contingentes de emigración hacia el exterior. En los últimos años anteriores a la guerra este peligro era escaso; nulo hoy día merced a las circunstancias mundiales; pero no podemos olvidar que la creación y el mantenimiento del mundo hispánico allende los mares se hizo durante siglos a costa de una emigración constante y a veces dolorosa y exhaustiva. El emigrante es joven por lo general, y no representa nunca al abandonar la patria una pérdida individual, sino también la de los hijos posibles que él diera en el período de la vida de máxima reproductividad. La vinculación al agro es siempre demográfica. El campo, salvo en algunas regiones, permanece sin contaminar, o, por lo menos, lo está en mucha menor intensidad, de los graves riesgos de la denatalidad.

La disminución de la natalidad en España ha seguido un curso parecido al de todos los países de la Europa occidental, si bien se ha mantenido, afortunadamente, con un gran retraso en relación a ellos. Durante los años de la guerra y de la postguerra un descenso mucho más alarmante ha tenido lugar, y aunque lo más probable es que lentamente se vayan recuperando las cifras hasta aproximarse a su tendencia normal, existen indicios claros que el mal de la denatalidad afecta

Pero, en definitiva, siempre iremos a parar al mismo sitio. Es la familia la que necesita ser cuidada, valorizada y transformada moral y religiosamente. La familia venía sufriendo en los pueblos de civilización occidental un grave proceso de disolución, en el que la organización social iba arrancando una tras otra sus funciones específicas. Cuando la socialización y desentolización de la familia prendió en el fértil proletariado, los pueblos de organización más compleja fueron más rápidamente atacados y sólo los más elementales fueron capaces de mantener un alto potencial demográfico. El tránsito del artesano a asalariado coincidió y coadyuvó a ello. La complejidad de la vida moderna mantiene en el celibato y en el matrimonio tardío a grandes masas de población. La falta de temor religioso ha completado la obra en el matrimonio, y sólo con la vuelta de este temor la familia puede recuperar su rango y cumplir su destino social. La familia se constituía antes al sentido de una hermandad religiosa, y al perderlo ha perdido una de las fuentes mayores de su fuerza. Cada uno de sus miembros se halla en un contacto más directo con el medio social exterior, y esto produce una sensación de inestabilidad, poco favorable al cumplimiento de sus fines.

Las palabras de Augusto a los caballeros romanos, llenas de sentido político, cayeron en el vacío a pesar de la crudeza de la admonición: «Cometéis un crimen al no dar vida a los que por vosotros habían de ser engendrados.» «Una vida sin mujer y sin hijos decís que os permite moveros libremente; pero no pensáis que con ello no sois más que los bandidos y

los animales salvajes.» En oposición a esto, aun desde el punto de vista exclusivamente demográfico, el matrimonio como sacramento, no como contrato y menos como aventura, es el que ha permitido la total plenitud de funcionamiento de la familia como órgano demográfico.

Consecuente a estos principios, Franco ha cuidado en todo momento la institución familiar en todas las leyes sociales. Concretamente, en la política de previsión el Subsidio Familiar, implantado en los momentos más difíciles, mostró su voluntad heroica, que no se arredra jamás ante las dificultades. La ley de Protección a las Familias numerosas, los Préstamos de Nupealidad y los premios de Natalidad, la ley de Sanidad Maternal e Infantil, la de Represión del aborto y, finalmente, la ampliación del Seguro de Maternidad a las mujeres de los obreros, constituyen la apertura de esta gran empresa nacional, que el Caudillo levanta, de conseguir llenar los campos de España con el número de españoles que pueden alimentar.

Pero política demográfica no es sólo conseguir mayor número de nacimientos; es preciso que el niño que nace viva y alcance su madurez; es preciso que el español tenga las probabilidades de vida que la correcta aplicación de los procedimientos científicos actuales permiten conseguir. Hay que disminuir eficazmente la mortalidad y hay que conseguir la plenitud de desarrollo fisiológico y el mejoramiento del tipo biológico del español. En una palabra: es preciso implantar una gran política sanitaria.

La tasa de mortalidad en España era a últimos del siglo pasado de treinta defunciones por mil habitantes. En los años anteriores a la guerra se consiguieron cifras alrededor de dieciséis. En los años de la guerra y de la postguerra esta cifra de mortalidad volvió a elevarse en algunos enteros. En uno y otro caso, tenemos una alta mortalidad, puesto que conviene tener presente que en España predominan en la composición de la población las edades jóvenes, y en éstas, salvo en el primer año de la vida, la mortalidad normalmente debe ser mucho más baja. La mortalidad por tuberculosis es muy alta, y lo mismo sucede en la mortalidad infantil. Todavía un tercio de las defunciones que ocurren sobre todo el territorio nacional son producidas a causa de enfermedades infecciosas, que son las enfermedades evitables más típicas. Es, pues, posible en España, con una política sanitaria eficaz, obtener una fuerte baja en las cifras de mortalidad, y para conseguirlo no tenemos que lograr un alcance de vida media superior a la actual, sino solamente aumentar la vida media. La declinación de las tasas de mortalidad se ha producido en todos los países de manera más ostensible por las vidas que se salvan entre los niños. Con el desarrollo de la actual política de Sanidad Infantil, implantada y animada por Franco, se podrá salvar en España la vida de 35.000 niños menores de un año.

La lucha contra la mortalidad infantil y la antituberculosa son las más reproductivas desde el punto de vista sanitario, si bien la segunda requiere un esfuerzo económico muy superior.

En relación con la importancia de la vida, en las posibilidades de ahorro de vidas, conviene destacar que después de los cincuenta años es poco lo que podemos hacer, ya que las enfermedades típicas de estos periodos avanzados de la vida son las degenerativas de aparato circulatorio, las degenerativas de aparato interno, así respiratorio y otros órganos internos, así como el cáncer, y en tanto no se descubran nuevos procedimientos terapéuticos no es fácil obtener una reducción considerable, si bien es preciso tener en cuenta que puede conseguirse esto con la protección en edades anteriores, mejorando hábitos, costumbres, higiene de la alimentación, lucha antirreumática y de enfermedades del corazón, etc., etc.

La oposición más característica es entre el medio urbano y el rural. La tasa de mortalidad de las ciudades es siempre superior a la del campo, si bien esta diferencia era antes mucho mayor, puesto que los progresos sanitarios se han establecido principalmente en ella, disminuyendo estas cifras por las mejores condiciones de vida y el mejor cuidado del médico. Hay un factor frenador de la mortalidad ciudadana, que es el aporte continuo de población joven campesina que aflujo, en las edades de trabajo, que son las de menor mortalidad.

A medida, sin embargo, que el progreso...

(Continúa en la página 17.)

VOZ DE MANDO

Por JOSE A. GIRON

La voz de mando es la orden de la consigna a que fuerza el presente: una organización social y económica más justa; porque en esta hora del mundo la solidaridad y la justicia se imponen con una fuerza a la que nadie tiene razón ni moral para oponerse.

El diagrama de la organización social presenta una ininterrumpida elevación a través de la historia, a favor de sus categorías inferiores, que no han sido capaces de evitar sino episódicamente todas las reacciones de las capas privilegiadas, continuamente incómodas ante la presión de los oprimidos. Esta marcha, lenta, pero incontenible, hacia la justicia constituye una de las realidades más innegables en el terreno de lo social, que no debemos pasar por alto cuantos en él cumplimos nuestro servicio y reñimos nuestras batallas. Desde el esclavo al proletario, pasando por el siervo, las ligaduras de la personalidad son cada vez más flojas y en el mañana acaso desaparezcan definitivamente, cumpliendo así los imperativos de la verdadera hermandad cristiana, que no juzga categorías clasistas entre las almas.

Porque todo este gran avance, toda esta tarea de liberación de la dignidad personal, nadie puede dudar que es obra exclusiva del Cristianismo. De las máximas evangélicas arranca todo este inmenso movimiento, que sobre todas las vicisitudes ha constituido en lo social el índice de lo permanente. Porque tantas filantropías descarriadas y huérfanas de fe, tantas utopías sangrientas y tantos movimientos anticristianos de libertad social, necesitaron para obtener sus verdades deformadas — que son siempre las mayores mentiras — que el Cristianismo descorriese el velo de las injusticias paganas y mostrara nuevos horizontes de hermandad, de amor y de caridad a los hombres. Por la misma razón que la herejía arranca de la verdad, sólo el extravismo con que la pasión humana enfoca frecuentemente las cuestiones más diáfanas e interpreta torcidamente las más claras verdades ha podido hacer nacer en unos y en otros actitudes enconadas, entre las cuales irremisiblemente la justicia va abriéndose camino.

Queremos insistir en la consideración de esta realidad ascendente, que ha constituido el verdadero nexo de continuidad en la trayectoria de las organizaciones sociales y cuya constante ha permanecido imperturbable a la paz de las más prósperas etapas y al estruendo de los mayores cataclismos.

A veces es conveniente apartar un poco la mirada del recoveco del tiempo, que nos limita la visión para no malgastar energías en combatir movimientos que vienen de muy lejos, con una inercia de siglos, y ante los cuales es absolutamente inútil la resistencia de nuestra insignificancia pasajera. Por eso, cuantos se empeñan en desentenderse de la necesidad de aceptar una transformación social y económica enraizada con la más pura ortodoxia cristiana, que viene a servir el anhelo de una etapa más perfecta, deben meditar las consecuencias de su actitud. Porque mirando un poco atrás, podemos observar también que cuando se deja pasar la hora en que sin prisas y sin improvisaciones es posible amoldar la nueva estructura a la nueva conciencia, es más dolorosa y más violenta — por premura y por revancha — la forma en que se subsana el error. Detener una revolución necesaria es como detener un río; se puede conseguir por algún tiempo, pero



llega un instante en que falta la muralla y se lleva los puentes. Porque los ambientes de transformación no los crean caprichosamente los hombres que conducen las revoluciones, sino que los reflejan, los sirven; por eso las juventudes, como más sensibles, suelen ser las primeras en presentir y propugnar las nuevas corrientes.

Cuantos con buena fe quieran meditar sobre estos problemas inquietantes, en los que son peligrosos los compases de espera forzados, piensen si para su deber y para su interés son aconsejables la obstinación y obstruccionismo.

La Falange es la manera cristiana, española y revolucionaria de encauzar hoy — todavía a tiempo — en la Patria este gran movimiento universal hacia la justicia y hacia la hermandad de los hombres; que queramos o no queramos, ha de continuar en su progresión infalible. La coacción física puede detenerla acaso algunos años, pero a la larga todos seremos barridos por quienes, más o menos ortodoxamente, la sirven. Contra los permanentes movimientos del espíritu humano sólo son vallas provisionales los aparatos de fuerza. Estamos ante un dilema decisivo: o hacemos nosotros la revolución o la hará más tarde, por su cuenta y

con su sentido, el enemigo de la Patria y el enemigo de la fe sobre los escombros de una sociedad sorda y ciega a las advertencias de la realidad.

De intento hemos querido encabezar este número dedicado a la Previsión enfocando abiertamente el problema social con toda la amplitud que lo miramos nosotros. Las instituciones de Previsión, que deben constituir una línea continuada, a manera de alambrada defensiva de las economías débiles, responden a este sentido de solidaridad entre los hombres, aunque no constituyan todavía para nosotros — en sí mismas — sino reformas parciales de un viejo sistema que hay que transformar enteramente de arriba abajo, si no somos tan torpes que esperamos a que la desesperación actúe al margen de nuestra ruindad con sus manos ensangrentadas. Este es el castigo inexorable para quien desoye una voz de mando que viene de muy lejos y de muy arriba, y a la cual obedecen en último extremo todos nuestros anhelos de justicia. La voz de mando que hace muchos siglos nos ordenó amar al prójimo como a nosotros mismos.

¡Viva Franco! ¡Arriba España!

"Atacaremos implacablemente las causas de la mortalidad infantil. Desarrollaremos con verdadera amplitud las instituciones de Puericultura. La cifra de mortalidad infantil debe reducirse al mínimo, y lo conseguiremos en plazo no muy largo."

FRANCO

Las bases técnicas de los Seguros Sociales

Por JOSE ALVAREZ UDE

LA institución del Seguro se basa en la igualdad de los valores actuales probables de las obligaciones de asegurado y asegurador; o sea, de las primas del Seguro y los costes de sus prestaciones. De donde se sigue, como cuestión fundamental, la necesidad de fijar con precisión ambos valores, ya individualmente, para cada asegurado, como se hace generalmente en el Seguro privado, ya en su conjunto, como en el Seguro social. Si no se efectúa bien esta evaluación se corre el grave peligro de que el asegurador contraiga obligaciones que no podrá cumplir, lo que ocurre con lamentable frecuencia en Mutualidades y Cajas de pensiones, constituidas con excelente deseo, pero empíricamente.

La determinación de los indicados valores se basa en la aplicación del cálculo de probabilidades y la utilización de estadísticas y datos y consideraciones de orden financiero; aquellas estadísticas y este conjunto financiero constituyen las llamadas "bases técnicas del Seguro".

La base estadística debe proporcionar los elementos precisos para el conocimiento de la masa asegurada y de su distribución probable, por edades, sexos, situación de familia y profesión, a través del tiempo, y de las frecuencias con que se producen los riesgos asegurados. En su mayor parte está constituida por "Tablas biométricas", que contienen las probabilidades de muerte, de quedar inválido, de que un inválido deje de serlo, de enfermar y de que la enfermedad tenga una duración determinada, y otras relativas al estado civil y composición de la familia. Y a este conjunto de Tablas se unen en algunos Seguros otras específicas; así, en el de accidentes de trabajo, las que den las frecuencias de éstos y de la gravedad de sus consecuencias.

La construcción de estas Tablas plantea al técnico estadístico una serie de cuestiones que a veces requieren el concurso de la Matemática superior; así, Schoenbaum y Medolaghi, en sus notables trabajos para la implantación del Seguro de vejez e invalidez, en Checoslovaquia, y de los marinos, en Italia, respectivamente, hubieron de acudir a sendas ecuaciones integrales. En todo caso, el problema es muy delicado y no puede resolverse sino por técnicos de gran preparación y buen sentido, que dispongan de un abundante material estadístico.

Cuando se trata de implantar un nuevo Seguro no se dispone, de ordinario, de estadísticas basadas en la observación de la masa asegurable, y es preciso recurrir a las deducidas de encuestas especiales o de otros Seguros del mismo país y muy frecuentemente a las de otros países en que anteriormente se haya establecido el Seguro de que se trate, y la elección de la base estadística aplicable requiere un cuidadoso estudio de las condiciones de la co-

lectividad observada, período de observación, caracteres atribuidos al riesgo, modo de construir las Tablas, resultados que haya ofrecido su aplicación, etc., para que las desviaciones que se produzcan entre las frecuencias reales y las previstas en las Tablas no modifiquen sensiblemente el equilibrio financiero del nuevo Seguro y permitan ir obteniendo en él datos estadísticos que luego sustituyan a los de aquellas Tablas, si la experiencia lo aconseja.

En cuanto a las bases de carácter financiero es fundamental el llamado régimen o "sistema financiero", que puede ser de "reparto", de "capitalización" o "mixto". En el primero los costes de las obligaciones de cada período económico, que casi siempre es el año, se liquidan al final del mismo, repartiéndolos de una manera prefijada entre los asegurados. Si la cantidad repartida es la suma de las satisfechas en el año, se dice que el reparto es "simple"; si el Seguro es de rentas y se reparte el valor actual de las concedidas en el año, el reparto se llama de "cobertura de capitales".

El régimen de capitalización, de todos conocido, por ser el utilizado por el Seguro privado en las operaciones sobre la vida, puede adoptar formas muy diversas en el Seguro social, particularmente en el de vejez, invalidez y muerte. Puede ser, como en el Seguro privado, de "capitalización individual", en el cual las primas abonadas en favor de cada asegurado son acreditadas en una cuenta individual, que se trata como en todas las operaciones de seguro diferido de rentas, mediante la combinación del interés compuesto y de las Tablas de mortalidad, y, en su caso, de invalidez, o de "capitalización colectiva", también llamado de "prima media", en el cual, en lugar de utilizar una prima individual, calculada teniendo en cuenta las circunstancias peculiares de cada asegurado, se estudia la composición de la "generación" de asegurados que se prevé ha de ingresar cada año, o la del conjunto de las generaciones sucesivas, y mediante las Tablas biométricas y de probabilidades de los riesgos asegurados se calcula la prima anual global precisa para asegurar las prestaciones a que se obliga a dar el Seguro, y el cociente de dividarla por el número de asegurados o por la suma de sus retribuciones supuestas es la "prima media" por cabeza o por unidad de salario, respectivamente. Y claro es que el sistema puede aplicarse considerando cada generación aisladamente o con todas las futuras, y sin establecer distinciones entre los asegurados o considerando sólo los del mismo sexo, o los de iguales salarios, etc.

¿Qué sistema financiero es preferible en los Seguros sociales?

En los Seguros cuyas obligaciones pueden considerarse terminadas con cada año económico, como en el Seguro de enfermedad, puede adoptarse el sistema de reparto simple, con el inconveniente de que

al terminar cada ejercicio no están garantizados los futuros derechos de los asegurados, y el peligro de que por no haber estabilización en la composición de la población asegurada ni en la realización de los riesgos las primas varíen mucho de un año a otro y aun puedan llegar a ser insostenibles. Así, en el Seguro de Accidentes del Trabajo, en Alemania, en el que hasta 1911 se aplicó este sistema de reparto, la prima por 1.000 Mk. de salario pasó a ser de 4,62 Mk. en 1886 a 13,75 Mk. en 1895 y 17,99 Mk. en 1905; y en el Seguro austríaco, según los cálculos del profesor Schoenbaum, de haberse adoptado este régimen financiero, la prima por 1.000 coronas hubiese sido de 0,76 en 1890 y habría llegado a 5,17 en 1895 y 16,35 en 1910.

En los Seguros de rentas es preferible al reparto simple el de cobertura de capitales, seguido en España por las Mutualidades que practican el Seguro de Accidentes del Trabajo en los casos de incapacidad permanente y muerte; sistema que ofrece la ventaja respecto del reparto simple de que en todo momento están garantizados los derechos futuros de los pensionistas. Quedan aún, sin embargo, sin garantizar los derechos de los asegurados no rentistas, y subsiste también el inconveniente de la variabilidad de las primas durante largo período de tiempo.

Por estos y otros motivos, cuyo análisis no cabe en los límites de este artículo, después de examinar y discutir la cuestión en todos sus aspectos, se ha llegado a una casi completa unanimidad en favor de los sistemas de capitalización para los Seguros de rentas, sólo en circunstancias muy excepcionales y por poco tiempo, como en Alemania, al terminar la guerra de 1914-17, puede admitirse el sistema de reparto. Contra los sistemas de capitalización sólo se han esgrimido dos argumentos con fuerza o apariencias de razón: la posibilidad de la devaluación monetaria y la posible acumulación de grandes capitales que se sustraen a la economía general. Y, en efecto: puede suceder, como en el citado caso de Alemania, que la depreciación monetaria anule de hecho todas las reservas y, con ello, se hagan ilusorias las garantías de derechos de asegurados y pensionistas, ventaja fundamental del sistema. Pero se trata de circunstancias excepcionalmente extraordinarias, cuyos efectos la misma experiencia alemana ha demostrado que pueden ser compensados gradualmente, y, por tanto, no es razón suficiente para rechazar los regímenes de capitalización; de serlo, hubieran sido rechazados para el Seguro privado, y a nadie se le ha ocurrido hacerlo, a pesar de que en él la desaparición de las reservas sería más catastrófica que en el Seguro social.

Tampoco es razón la supuesta acumulación de capitales, en detrimento de la vida económica del país. Y no lo es por

la falsedad del supuesto; porque si bien las reservas matemáticas llegan a alcanzar cifras muy considerables, no están encerradas sin utilización general, sino que en parte están, como en el Seguro privado, obligadamente invertidas en valores públicos que facilitan la vida del Estado, y, por consiguiente, producen un bien general, y otra, la mayor, en préstamos que hacen posible la realización de infinidad de obras de utilidad pública y social. Basta para convencerse de ello fijarse en las inversiones hechas por el Instituto Nacional de Previsión. ¡Cuántas escuelas, cuántas traídas de aguas, cuántas obras de saneamiento, cuántas viviendas obreras económicas, cuántas parcelaciones y cuántas mejoras de explotaciones agrícolas e industriales se han hecho gracias a estas inversiones, sin las cuales acaso estarían todas por hacer!

La brevedad del espacio no permite detallar los regímenes de capitalización posibles cuando se trata de implantar un Seguro social de pensiones. Con ellos la técnica ha conseguido establecer tipos y combinaciones, incluso de estos regímenes con otros de reparto, tales que siempre es posible dar solución adecuada a las circunstancias económicas y sociales del país en el momento de la implantación. Y esto con flexibilidad suficiente para permitir reformas posteriores, cosa muy necesaria, pues no ha de olvidarse que aunque teóricamente haya que distinguir en estos Seguros dos períodos, el "transitorio", que se extiende desde el momento de la implantación hasta la desaparición de la primera generación de asegurados, y el "normal", que sucede al transitorio, la realidad demuestra que hasta ahora, por ser los Seguros sociales cosa viva, que no puede sustraerse a la influencia de las condiciones económicas y sociales del medio en que se desenvuelven, en constante variación, no hay un solo ejemplo de Seguro social que no haya sufrido reforma de importancia antes de desaparecer del Seguro la primera generación, y, por tanto, siempre, puede decirse, se hallan en el régimen transitorio.

Finalmente, queda en los regímenes de capitalización el muy importante problema de fijar la tasa de interés que ha de ser base de los cálculos; problema cuya solución exige una gran prudencia, porque frente al deseo de que las primas sean reducidas, lo que exige que la tasa de interés sea alta, hay que pensar en que esta tasa ha de mantenerse durante un período que no debe ser inferior al de la vida de una generación del Seguro, y es un hecho la constante tendencia a la disminución de esta tasa. Y en el Seguro social, aunque la fijada sea inferior a la real, como no cabe el espíritu de lucro, los beneficios de ello dimanantes reverterán en favor de los asegurados, bien disminuyendo las primas o, lo que es más general, mejorando las prestaciones.

El Caudillo y la previsión social

Por BARTOLOME MOSTAZA

EL 28 de marzo del año que transcurre, Franco pronunció en el Instituto Nacional de Previsión una palabras que merecen serena meditación y aguda exégesis. Con ese decir parco y eficaz que no se derrama en retoricismos vanos, dijo el Caudillo verdades de trascendencia decisiva para organizar con un sentido nacional y justo la Previsión en todos sus órdenes. La primera exigencia que, según Franco, la Previsión plantea es de orden político — y no económico —: Unidad entre los españoles. De la unidad se deriva lógicamente la solidaridad, y ésta implica en su naturaleza toda clase de seguros y presta soluciones a cuantos problemas de orden social pueden surgir. Vamos a verlo.

EL TRANCE DE LA GUERRA

Ya durante la guerra fué preocupación primaria del régimen la de llevar a los necesitados la fe y la seguridad de que no estaban abandonados a su suerte. Franco dió entonces la consigna decisiva: "Ni un hogar sin lumbre ni un español sin pan." Muchas familias habían quedado privadas de sus normales medios de vida. La guerra dejaba en la miseria a muchas gentes. Un régimen como el liberal hubiérase tornado sordo a las quejas y ciego a la catástrofe de aquellos millares de españoles. La Falange, empero, movilizó todo el capital, no sólo para llevar a buen término la guerra, sino también para poner remedio a la miseria que amagaba con destruir a la retaguardia. Y de este modo fueron surgiendo leyes de auténtica calidad revolucionaria. Y es que, como dijo Franco el 28 de marzo del año de gracia en que vivimos, "una de las facetas de nuestro Movimiento es la inquietud social". Si un español sufre hambre, frío y desamparo, la propia España los sufre. No hay pueblo fuerte si sus gentes malviven en el desespero de sentirse impotentes contra la penuria. Ni un Imperio cabe asentarlo sobre masas hambrientas. Precisamente decíamos de nuestro señorío los españoles a medida que el pícaro y el mendigo fueron acorralando al hidalgo y al caballero. Cuando advino sobre Europa la Era liberal, España — que ya no era un pueblo trabado y firme — asistió al espectáculo triste de ver desmoronarse el sentido familiar de las relaciones de trabajo, sin que surgiera un módulo de humana comprensión de las necesidades del prójimo.

EL CAPITALISMO SIN ENTRAÑAS

El capitalismo, que llegó a caballo de la masonería y del liberalismo, redujo al obrero a mera máquina viva de trabajo. Ya no formaban maestro, oficial y aprendiz una hermandad de empresa, sino que se había alzado entre ellos un tabique disociador, dejándolos aislados e inermes frente a la racionalización mecanicista del trabajo que las fábricas traían como sistema. Y así se hallaron un día — maestro, oficiales y aprendices — haciendo cola a las puertas de las grandes manufacturas, reducidos a mercado, como otro objeto cualquiera. Porque el capitalismo consideraba de igual naturaleza a hombres y a cosas. Dentro del mecanismo de la producción no eran de más alta categoría el músculo que la palanca, la vida que el engranaje, el alma que la materia prima. Todo, en fin de cuentas — hombre, máquina, materia —, entraba en el mismo proceso de transformación. ¿Por qué había de ser de distinta índole la energía que emanaba del esfuerzo humano y la que provenía del motor de explosión? El capitalismo carecía de entrañas, era ciego y se desentendía del espíritu, que quedaba hecho pínzales entre los engranajes y rodillos de las máquinas. Vía la economía no es sólo consecuencia; es, además, premisa. Y en esa premisa uno de los términos — el sujeto activo — se llama hombre. Y toda energía que del hombre procede, comporta alma.

POSTURA Y METAS SOCIALES DE LA FALANGE

La Revolución española que Franco acaudilla se re-volvió — desde sus primeros pasos — contra la conducta cruel del capitalismo. Y así llegó, ya a principios del Alzamiento, un día en que Franco, para poner urgente remedio a la amenaza de desahucio que pesaba sobre miles de familias en paro forzoso, dió una orden terminante: ni un desahucio se llevaría a cabo por falta de pago contra los obreros sin trabajo. Protestaron, con sus reser-



bios de capitalismo, las Cámaras de Propiedad Urbana; pero el Caudillo exigió inexorablemente que la ley fuese cumplida. Y para evitar la injusticia de que unos caseros pecharan exclusivamente con la carga de la ley y otros no, se estableció un prorrateo entre todos los propietarios: de este modo, salvada la equidad, el gravamen apenas causaba perjuicio a nadie. Había nacido, naturalmente, un verdadero seguro mutuo contra el riesgo de alquileres no devengados. Y lo propio se legisló para el consumo de luz y de agua. Estaba así cumplida la consigna de Franco: "Que se repartiera el infortunio entre todos los españoles, alejándolo de unos pocos, para que también a éstos les llegara el sol, el calor y la vida de la Patria."

EL MOTOR DE LA INJUSTICIA SOCIAL

Y es que llevábamos muchos decenios los españoles "contemplando cómo el motor que animaba a las fuerzas de la anti-España y el fuego que encendía la revolución marxista era la injusticia social, movida y explotada por todos los partidos". Había, pues, que hacernos con este motor. Y esto hizo la Falange con su implacable exigencia de solidaridad entre el capital y el trabajo. ¿Cómo no, si capital y trabajo eran dos fuerzas que España necesitaba por igual manera que el hombre necesita de sus dos brazos? Para escarmiento ya bastaba la coyuntura histórica de ver cómo se mataban sobre la geografía de la Patria dolorida y sangrando los grupos de españoles que el capitalismo disociara. La línea y el destino de España se habían quebrado, precisamente por haber perdido los españoles conciencia y espíritu de solidaridad. Urgía, por consiguiente, insertar de nuevo a trabajo, capital y técnica — trinomio en que se formula el doble problema de la producción de bienes y de la organización social — dentro de un orden en que lo solidario fuera módulo de vida. Son también palabras de Franco a este respecto: "Vengo a repetir a los españoles la necesidad de esta solidaridad para salvar a España y para darle días de grandeza." Ahora bien; no hay solidaridad posible sin unidad de afán y de pensamiento. Hay que obrar y pensar una, como los soldados que obedecen ciegamente la voz de su capitán en el combate. La Patria es una comunidad de destino que exige, para pervivir en la Historia, mutua comunión de vida entre sus hombres, instituciones y economías. Cuando este o aquel sector humano, institucional o económico rompe la organicidad vital y se aísla, sucede lo que en el cuerpo vivo con la célula independizada: nace el cáncer. Y el cáncer es la corrosión, la muerte. No es indiferente para la Patria que éste muera de hambre mientras su prójimo dilapida dinero en lujos, como

no lo es para el organismo que un miembro se seque — que otro se irrigue de sangre hasta la plétora. La vida, como el espíritu, debe estar ubicada toda en todas las células. Y para conseguir este solidario vivir de los españoles, Franco no escatimará razón ni fuerza. El lo ha dicho como advertencia: "A los buenos, con la fuerza de la razón; a los malos, con la razón de la fuerza."

RAZONES SOCIALES DEL REGIMEN

Ya no se trata, cuando pretendemos valorar la Revolución nacionalsindicalista, de enumerar resultados obtenidos. Lo que importa más es el designio, la necesidad de permanencia que el régimen implica. Sólo garantizando en su propia vida el régimen, cabe pedirle tareas decisivas para el porvenir. Y esto es, cabalmente, lo que Franco, en el susomado discurso, impone como principio de su política: un régimen permanente, que no admila — ni a derecha ni a izquierda — gentes hostiles o simplemente ajenas a la angustia social que en sus entrañas la Historia experimenta. "Dar alegría y pan a todas las familias españolas": he aquí el designio fundamental que Franco anuncia. Para ello hay que suscitar un entusiasmo y una fe totales a lo ancho de la geografía nacional. La gelidez y el escepticismo son los enemigos más peligrosos de la tarea trasmutadora que Franco, a través de su Falange, persigue. Las instituciones que sobrevivan del antiguo régimen han de insertarse vitalmente en el régimen nuevo. Por ellas ha de correr la misma sangre que por las instituciones de nueva planta. El orden que la Falange ha instaurado aspira a "vivificar todas las instituciones heredadas, que ya no pueden tener — ha dicho el Caudillo — la frialdad burocrática y la inoperante neutralidad de los regímenes liberales". Y añade como corroboración de su pensamiento: "No cabe que las instituciones queden al margen de la verdad enunciada por el Movimiento; tienen que recobrar, con la fe y la esperanza, la seguridad de las grandes empresas." Pues no es empresa baladí la de garantizar a todos los españoles — a decoro en el vivir que los salve de la miseria y del abandono. No se trata de simbólicas garantías, sino de auténticos actos de justicia social. Que la familia numerosa no tenga nunca que arrepentirse de la vida, ni la maternidad dolerse de su sacrificio, ni la vejez de su desamparo, ni el trabajador de su huelga forzosa. "El Movimiento ha venido a valorar y multiplicar — asegura Franco — la miserable peseta de retiro a la vejez que antes el Instituto de Previsión, tras cifras y cifras, lograba como meia de la callada labor de muchos años", y "a establecer los seguros sociales, sin que nos tiemble la mano ni el brazo para acometerlos".

FAMILIA Y ESTADO

Por JOSE MUÑOZ RODRIGUEZ

(Director de la C. N. de Subsidios Familiares)

El Régimen de Subsidios Familiares, orgullo del nuevo Estado, no sólo ayuda a la formación y constitución de la familia, sino que es un pilar de la vigorización demográfica de la Nación.

EL Estado demoliberal construyó su arquitectura reposando sobre el individuo.

La bella unidad de la Edad Media, "enorme y delicada", que florece en el Trabajo y en la Familia lo mismo que en el Pensamiento y en la Lengua ("La Europa de Santo Tomás es una Europa explicada por un mismo pensamiento en un mismo latín"—José Antonio), se disloca en el Renacimiento.

Apunta Emitt que éste bebe su inspiración en Platón y la escolástica en Aristóteles. La diferencia conceptual de los dos grandes hombres de la antigüedad lleva las ideas por caminos distintos. El que abre Aristóteles se adentra en la evolución recto y exacto, iluminado por un auténtico y permanente pensamiento cristiano.

El otro es violento; comienza definiendo el hombre en una exaltación de individualidad, entero y soberano, como "escultor de un alma". Surge después la dura torcedura de la Reforma, "cuya tea se enciende en la antorcha del Renacimiento", y con su cortejo de sangre y guerra desemboca en la sombría perspectiva de la Revolución francesa, encendida de resplandores enciclopédicos.

Sus proclamaciones — racionalismo, individualismo, no permiten alcanzar la concepción orgánica de las realidades humanas. De igual manera que sus postulados (Estado de Derecho, división de poderes, declaración de derechos) no abriga ninguna transcendencia supra-individualista. Porque el Contrato Social no se concibe por familias, sino por hombres; los derechos consagrados son los del individuo desligado de su contorno vital, y, al dividir los poderes, se pretende no menoscabar los reconocidos al hombre.

Luego, el socialismo hizo saltar en años la obra de siglos: la granja, la casa, la comunidad familiar, el gremio, convirtiendo a sus miembros en piezas de otras entidades económicas; al matrimonio en contrato y a la institución salida directamente de las manos de Dios, raíz y fundamento de toda otra posible institución, es situación subjetiva, negando su origen.

La reacción la define Gierke exponiendo una concepción organicista de la sociedad, cuya síntesis, la figura humana, se desvanece, absorbida por estructura superiores.

Maurras nos va a decir "que se es libre en la medida en que se es fuerte, y se es fuerte en la medida en que no se está aislado", y José Antonio reclama para el Paraíso que guardan ángeles con espadas, que el hombre en el Estado sólo tenga significación a través de la Familia, del Municipio, del Sindicato. Este, como unidad funcional o activa; aquél, como unidad estática o política, y la primera, como unidad biológica. Si tal es la concepción orgánica del Estado, lógica resulta su preocupación por el fundamental elemento que le constituye.

Por otra parte, el reflejo supraindividualista toma su luz en principios religiosos. Esto se expone con extraordinaria plenitud en la Encíclica *Casti Connubii*, que, de acuerdo con el Canon 1.013, dice: "El fin primario del matrimonio es la procreación y educación de los hijos; fines secundarios: el mutuo auxilio y remedio de la concupiscencia."

Ahora bien; cuando los Estados actúan sobre la institución familiar en amparo y tutela de su subsistencia, por encima de toda consideración de orden moral o filosófico, es una estricta consideración política



la que mueve su acción y la que la fundamenta. Ella es la que preside la determinación del fin y la que selecciona el medio más útil y eficaz de consecución. Sólo lo filosófico y moral, que cae dentro de la esfera de lo político, se aglutina en la acción estatal. Todo ello ha de ser traducido antes de descender del plano especulativo al normativo. Al accionar, al promover, nuestro Estado persigue, sobre los demás, lograr una conveniente realización moral y política.

Son estas dos inspiraciones las que recoge el Fuero del Trabajo en su Declaración XII, punto 3.º: "Reconoce a la familia como célula primaria natural y fundamento de la sociedad y al mismo tiempo como institución moral dotada de derecho inalienable y superior a toda ley positiva."

En consecuencia de la misma y del punto 2.º de la Declaración III, que consigna la creación "del subsidio familiar por medio de organismos adecuados", el Nuevo Estado estableció el Régimen Nacional de Subsidios Familiares en la Fiesta de la Exaltación del Trabajo del año 1938. Y habrá de ser precisamente subsidio o seguro familiar, porque, según Aznar, "el salario, más el subsidio de derecho constituyen de hecho el salario familiar".

Su inmediato motivo político es: elevar y fortalecer la familia en su tradición cristiana, sociedad natural perfecta y cimiento de la Nación, puesto que los hijos son alma y base de la misma en su doble aspecto espiritual y material.

Su finalidad próxima, proporcionar a los trabajadores por cuenta ajena un auxilio económico en relación con el número de hijos o asimilados a ellos que tengan a su

cargo y vivan en su hogar, mediante el reparto equitativo de estas cargas familiares entre todos los que han de contribuir a costearlas.

Su aspiración, lograr o contribuir a que la continuidad de la Patria sea más fecunda en los hijos y más fuerte en su vigor y en su propia fortaleza, porque los pueblos son grandes en la medida del número de sus miembros.

Tal principio se coloca en el vértice de los fines del Estado, exigiéndole ineludiblemente, junto a los más esenciales, una adecuada actividad de realización. Del Estado Nuevo, que, no olvidando al Sindicato, protege fundamental, únicamente, al núcleo familiar productor, trabajador.

La importancia de esta protección tiene los más antiguos precedentes. Ya la antigua Roma estableció una protección a favor de los padres de familia numerosa, y, por el contrario, disminuyó la capacidad de los célibes y de las familias de un solo hijo.

Proudhon llamaba a la familia "raíz de la nación"; Savigny decía de ella que era el "yo complicado"; otra voz autorizada la considera como "seminarium republicae", y la misma Constitución de Weimar, último florón del liberalismo, establecía en su artículo 19 que el matrimonio, como base de la vida familiar, de la conservación y aumento de la nación, estará bajo la protección del Estado. Ahora bien; se contradice luego en su articulado, porque la igualdad de sexo, el divorcio por mutuo disenso, la equiparación de los hijos naturales a los legítimos, destrozaban la institución familiar. Igual réplica tenía el artículo 43 de nuestra Constitución de 1931.

El mundo vuelve los ojos a las familias rotas por el liberalismo y socialismo.

Mussi, presidente de la Confederación Suiza, dijo hace años que la futura estructura europea había de cimentarse toda ella sobre la familia. En el pensamiento concreto de Smith tiene lugar, destacado como realidad vital suprema, la familia. Huber, exégeta del nacionalsocialismo, dedica un apartado en su *Verfassungsgerecht* a la familia, "célula de la comunidad popular, cuya protección y fomento son tareas fundamentales del Reich". Pétain ha puesto el concepto de la familia en el frontispicio del Estado francés. Barthelmy, en su "Carta a España", dice que la familia es la primera preocupación del Gobierno. Mussolini, en su discurso de agosto de 1935, proclamaba: "Sólo tienen derecho al imperio los pueblos viriles en el sentido más estrictamente literal de la palabra."

Todas las anteriores declaraciones han pasado a inspirar normas legislativas en los distintos Estados, cada uno de los cuales ha establecido un régimen peculiar de protección familiar.

Sin que sea menoscabar aquéllos, nosotros podemos levantar la supremacía del nuestro por su eficacia, por su proceso de implantación, por la cuantía de sus beneficios, por la unidad, en fin, que lo determina e informa.

Tuvo su iniciación cuando las circunstancias de la guerra eran más duras, cuando la tarea de las armas absorbía todas las preocupaciones, y poco espacio había entre ellas para abrigar las que estrictamente eran de paz.

Pero en tres meses se logró la primera implantación, y en plazos iguales sucesivos las siguientes, a medida que las tierras de España se rescataban bajo las banderas nacionales.

El esfuerzo, la intensidad del trabajo, el impulso cuajado de fe, encontraron al fin el logro de su cometido. Luego, cuando la base era firme, sólida la realidad administrativa, eficaz la organización, ágil el instrumento creado, se aseguró el rumbo del desarrollo, hasta entonces horizontal —sobre la tierra— para hacerse profundo en la intensidad de los beneficios.

Siguiendo esta dirección, la ley de 1 de septiembre de 1939 hace llegar al Régimen de Subsidios Familiares a la agricultura; la de 23 de septiembre de 1939 lo amplía a las viudas y huérfanos de trabajadores. Fundamentalmente el decreto de 22 de febrero de 1941, a los dos años de la ley básica, duplica la escala de beneficios, los paga con carácter retroactivo y establece los Premios a la Natalidad y los Préstamos Nupciales.

Se acusa con esta última disposición la pretensión de la ley de 1938 de convertir al Régimen Nacional de Subsidios Familiares en pieza fundamental de la política de protección familiar, levantándolo del simple plano de órgano de compensación y ayuda al de iniciativa y creación. En función de lo primero, el tercer trimestre de 1942 registra la cifra aproximada de 721 millones de pesetas repartidos; en función de lo segundo, una última consagración de sus actividades: la ley de 18 de junio de 1942, que crea un enlace entre el subsidio familiar y el seguro de maternidad, cuadruplicando las prestaciones de éste mediante la aportación de aquél.

Sobre lo que precede destaca construido, vigorizado y ampliado, el Régimen de Subsidios Familiares, al que ya el nombre no define con exactitud, por superar las funciones a la denominación. Elevado por aquéllas a instrumento de la política de protección del Estado, se ordena en el nuevo cometido como su avanzada cerca de la Familia, en contacto con sus preocupaciones y con sus necesidades, que tienen correspondencia y reflejo en preocupaciones y necesidades administradas por el mejor servicio de España.

El Estado, el Nuevo Estado, construye su arquitectura reposando sobre la Familia.

LOS SEGUROS SOCIALES EN EL MUNDO

Por LUIS JORDANA DE POZAS

Lo que hoy se conoce con el nombre de seguro social era totalmente ignorado hasta que Bismarck logró ver aprobada, en 1883, la ley de Seguro de Enfermedad, seguida poco más tarde de las de Accidentes del Trabajo, Vejez e Invalidez. Todo lo que suele citarse como precedentes del Seguro social (las Cofradías y las Mutualidades de los siglos medios y las Sociedades de Seguros Mutuos del XVIII y XIX) tiene muy poco de común con éste. Y en el breve transcurso de sesenta años el Seguro social se ha extendido por todo el mundo como un meteoro social prodigioso, arrollando los más variados y formidables obstáculos: doctrinas políticas, escuelas sociales, resistencias de los patronos, intereses mercantiles y dificultades económicas.

Los Seguros sociales tienen como rasgos comunes y originales su carácter obligatorio y nacional, su limitación a los trabajadores y sus familias y el riesgo común a que todos responden, que es la falta o la insuficiencia del salario o, en los últimos tiempos, de la renta del trabajo. Aunque unas veces se llame Seguro de paro y otras de accidentes, de enfermedades profesionales, de enfermedad, de invalidez, de maternidad, de vejez, de muerte o familiar, el objeto principal de todos los Seguros sociales es acudir en auxilio del trabajador siempre que, por alguna de esas causas, le falta el ingreso procedente de su trabajo. A esta finalidad primordial se unen otras, inspiradas en móviles políticos, sociales o demográficos, que pueden tener extraordinaria importancia y valerse del magnífico instrumento del Seguro social para incrementar la población, proteger la familia, mejorar la raza y conseguir la unidad y cohesión del pueblo y el robustecimiento del Estado.

Excepto, quizás, la referente a la preocupación demográfica, todas las demás finalidades y características del Seguro social se encuentran desde el primer momento en la idea que de él tiene su fundador, el genial estadista Bismarck. Sobre este punto estudios recientes, como el del doctor Rodolfo Cramer, arrojan una luz meridiana. El canciller vió claramente que las fuerzas disolventes y disgregadoras del Estado se nutrían del descontento y de la miseria producidos en el pueblo trabajador por la inseguridad y la incertidumbre de los salarios. "Si los obreros no tuvieran motivos de queja — escribía a Lothar Bucher en 1878 — quedarían enterradas para siempre las democracias sociales." De ese convencimiento salió su programa: "Conceded al obrero derecho a trabajar, proporcionadle trabajo mientras esté sano, dadle la garantía de que será atendido cuando esté enfermo, aseguradle la asistencia para cuando sea anciano." Esta finalidad conservadora (de conservación social) de la previsión fué también la inspiradora de nuestras primeras leyes, debidas a Dato, La Cierva, a Primo de Rivera.

Bismarck percibió, asimismo, la enorme fuerza unificadora de los Seguros sociales, a que no hace mucho dediqué yo un estudio. Sus Seguros sociales eran obra del Estado, y, como dijo en uno de sus discursos, "Por Estado aquí siempre se entiende el Reich", manifestando la esperanza de que estas instituciones sociales "enseñarán al hombre vulgar a reconocer en el Imperio una institución bienhechora". En su propósito, una de las más nobles tareas del Seguro social era la de servir de lazo de unión entre todas las regiones del Imperio. Y si bien la oposición de los partidos e intereses frustró su propósito (que ha podido, en cambio, ser una realidad en España), Bismarck quiso encomendar el amplio Seguro nacional que acariciaba a una sola Institución Nacional de Seguros fuertemente subvencionada por el Estado.

Lo mismo que en su país de origen, la idea de los modernos Seguros sociales es terriblemente combatida fuera de Alemania por los revolucionarios de toda especie (que temen sus efectos políticos de robustecimiento popular del Estado), por los secuaces del liberalismo (que odian su carácter obligatorio) y del capitalismo (que temen su coste o desean convertir las instituciones asistenciales de empresa en medios de sujetar a la masa obrera) y por los tradicionalistas (que sueñan con la restauración de instituciones gremiales incompatibles con la industria moderna).

En los veinticinco años subsiguientes a las primeras leyes de Seguros sociales tan sólo Austria y Hungría sigue el ejemplo alemán.

Pero la fuerza de las ideas encarnadas en instituciones ejemplares es verdaderamente irresistible. Y a partir de 1910 las leyes de la imitación, tan poderosas en el orden político, y la necesidad de los partidos de conquistar los votos de las clases trabajadoras, determinan una extensión acelerada de los Seguros sociales, que se implantan en los países más opuestos a las ideas y conceptos en que aquéllos se basan.

Actualmente veintitrés naciones europeas poseen regímenes obligatorios de Seguro de Accidentes del Trabajo, veintidós tienen leyes de Seguro de Enfermedad y Maternidad y veintiuno han implantado asimismo el Seguro de Vejez, Invalidez y Muerte. Las de mayor potencia industrial (Alemania, Inglaterra, Italia, Bélgica y otras) establecieron y mantienen el Seguro del Paro. Y el Japón ha creado un completo sistema de previsión social que cubre todos esos riesgos.

Los Estados americanos se resistieron durante mucho tiempo a seguir el ejemplo de Europa. Chile y el Canadá establecen en 1924 Seguros nacionales de invalidez y enfermedad, respectivamente, y no tarda en producirse en todo el Continente el mismo asombroso fenómeno de difusión que hemos registrado en Europa. En las Conferencias de Santiago de Chile y de La Habana todos los países americanos recomendaron la implantación de los Seguros sociales. Y los Estados Unidos de Norteamérica, cuna y baluarte del liberalismo democrático, han

puesto en vigor en 1.º de enero de 1940 una ley federal de Seguro de Vejez e Invalidez que protege a más de veintiséis millones de trabajadores, y en el breve espacio del primer semestre de 1941, las Cámaras legislativas de 43 Estados han recibido más de tres mil proyectos de leyes de seguros sociales.

Ni siquiera las intensas preocupaciones de la guerra mundial han podido abrir un paréntesis en esta difusión y desarrollo de los Seguros sociales. Por el contrario, los países beligerantes se esfuerzan en mejorar las prestaciones y extender los beneficios de sus sistemas de previsión social, de manera que alivien las privaciones de los productores, suplan el salario de los combatientes respecto de sus familias y, finalmente, amparen contra muchos de los riesgos futuros a los mismos soldados que defienden la patria.

Gentes poco avisadas han creído que los Seguros sociales eran el síntoma más claro de un envejecimiento de los pueblos contemporáneos, oponiendo la imprevisión y el espíritu aventurero de la juventud al afán de seguridad, espíritu sedentario y miedo del porvenir que caracterizan la senilidad; pero el que haya convivido en los frentes de combate entre soldados, sabe que el más valiente se turba cuando piensa en el desamparo y la miseria que el propio sacrificio acarreará a su familia. Nuestro gran Cervantes lamentaba la triste suerte de los inválidos y veteranos de guerras heroicas y famosas. Son estos temores rehenes mil veces más embarazosos que los capturados por el enemigo, porque apenas hay combatientes al que no afecten. Por eso

ninguna prueba mejor existe de que un pueblo estima el sacrificio de sus luchadores que la seguridad de que ni durante la guerra ni cuando haya acabado quedarán en el infortunio ni ellos ni sus seres queridos. De esta universalidad de los Seguros sociales no debe deducirse que sean de igual contenido, tendencia y eficacia los que hallamos en unos y otros países. Bajo la aparente uniformidad, que había llegado a revestir formas internacionales de monotonía en los convenios de Ginebra, latían finalidades distintas y existen métodos y tendencias diferentes. Y cabe señalar los modelos y las copias.

Digase lo que se quiera, la institución de los Seguros sociales con carácter nacional y obligatorio es opuesta a conceptos fundamentales del liberalismo democrático, incompatible con el espíritu de muchas de sus instituciones y de corrupción inevitable. La obligación es opuesta a la libertad; el monopolio, a la libre concurrencia; el capitalismo, a la independencia económica de los productores; la lucha de clases, a la paz social; la pluralidad de partidos políticos, a la unidad del pueblo y a su comunión en el Estado. En cambio, los Seguros sociales riman y armonizan admirablemente con las ideas y las instituciones propias de los Estados surgidos de nuestras revoluciones nacionales.

Observando las reformas y leyes de Seguro social implantadas recientemente en España, Italia y Alemania, se echan de ver pronto tendencias que las asemejan y que responden a la similitud de grandes principios y directrices de carácter político. Fácil es apuntar las más principales.

El principio de unidad se deja sentir en lo orgánico, en lo territorial y en lo legislativo. No se crean nuevas instituciones aseguradoras, sino que se refunden y coordinan las existentes, teniendo como ideal mantener o llegar a la institución única. Se extienden los Seguros sociales a todo el territorio y se les utiliza como medio potente de unificación entre las provincias o regiones y entre las industrias o profesiones. Y se procura la codificación o reducción a una sola ley y a un solo régimen de todos los diversos Seguros sociales, hasta llegar, en frase de nuestro Fuero del Trabajo, al seguro total.

Todos los seguros sociales se hallan imantados por el fin político general, al que responden y sirven. Como éste supone una concepción del mundo y de la vida, el Seguro social no puede favorecer lo que sea contrario o incompatible con ella. Así no cometerá la injusticia de proteger al proletario, al asalariado, con olvido del artesano o de los pequeños comerciantes y agricultores. Ni de establecer castas, favoreciendo al obrero industrial con olvido del pescador o del campesino. Ni de permitir que los trabajadores de industrias potentes o de comarcas privilegiadas sientan el egoísmo de absorber en su exclusivo beneficio las cuotas, sin las cuales resulta imposible lograr un nivel decoroso para las prestaciones destinadas a sus comarcas de actividades menos favorecidas.

Y en todos esos países el sujeto del seguro social tiende a ser no el individuo, sino la familia. Todo el edificio asegurador se construye para proteger a la comunidad familiar. Las prestaciones sanitarias, la cuantía de las pensiones de accidentes del trabajo, de invalidez o de vejez, lo mismo que la de los subsidios de enfermedad o de paro, se regulan sobre las necesidades familiares. Y junto a los que pudiéramos llamar Seguros sociales clásicos (accidentes, enfermedad - maternidad, vejez - invalidez - muerte, paro) surgen con varias modalidades los regímenes de subsidio familiar, con su acompañamiento de préstamos a la nupcialidad, de seguros dotes, de premios y exenciones a las familias numerosas, de viviendas higiénicas y de patrimonios familiares.

Y al mismo tiempo los cuantiosos recursos que han de garantizar el normal funcionamiento de los Seguros sociales vienen a invertirse, directamente o a través de las emisiones de Deuda pública, en obras y servicios de higiene, de sanidad, de colonización, de comunicaciones, de educación y de cultura, que difícilmente hubieran podido hacerse con medios procedentes de contribuciones e impuestos.



Bismarck

REALIZACION DEL SEGURO SOCIAL EN ESPAÑA

Por PABLO MARTINEZ ALMEIDA

La Previsión Social en nuestra Patria, con su política de Seguros Sociales derivada de las consignas del Fuero del Trabajo, ha superado una etapa que pudiéramos llamar histórica, si no por su lejanía en el tiempo, si por su distinta concepción de la técnica de los Seguros Sociales y por la misión que cumplió.

Esa etapa se inicia a compás de la marcha de los Seguros Sociales en Europa, cuando adquieren la plenitud de su trascendencia en el Congreso Internacional de Seguros celebrado en Roma en el año 1908, en el que quedó admitido como principio inconcuso el de su obligatoriedad, que encuentra su más remoto antecedente en la Alemania de Bismarck. A partir de entonces van adquiriendo los Seguros Sociales su trascendental importancia como instrumento de política social, significando avances extraordinarios la ley inglesa del año 1911, el Tratado de Versalles luego, y las magníficas realizaciones de la Italia fascista.

Coincidiendo con la fecha del Congreso Internacional de Seguros de Roma nació en nuestra Patria el Instituto Nacional de Previsión, del que tanto se ha hablado y viene hablándose, sin un conocimiento a fondo del mismo, y al que justo es reconocer, en primer lugar, el mérito de haber dado comienzo en 1908—recogiendo el espíritu de las Encíclicas de León XIII y Pío XI y la herencia del Instituto de Reformas Sociales—a la obra de Seguros Sociales, cuando no existía en España ni asomo de espíritu social, y cualquier mejora o concesión de este orden de cosas alarmaba profundamente a las clases conservadoras.

Con innegable perseverancia, el Instituto Nacional de Previsión acometió su obra, que, según la ley constitucional, no tenía otros fines que los de difundir e inculcar la previsión popular, especialmente la realizada en forma de pensiones de retiro; administrar la Mutualidad de asociados, que al efecto y voluntariamente se constituyese, y estimular y favorecer dicha práctica de pensiones de retiro, procurando su bonificación por entidades oficiales o particulares. A tal fin, se le dotaba de personalidad, administración y fondos propios distintos del Estado.

Para llegar a adquirir el prestigio y la consistencia que caracterizan al Instituto, justo será reconocer que se precisaba de una organización, de una técnica y de una administración modelos, encuadrados en un concepto de unidad exclusivamente característico de la política de Seguros Sociales española, hoy admirada y seguida por otros países, y que ha permitido situar el problema de los Seguros Sociales en un plano especulativo, apto para alcanzar brillantemente, no sólo las más amplias exigencias de una concepción intelectual avanzada, sino también vencer o ir venciendo los considerables obstáculos opuestos a una obra social de tan relevante significación y de tan acusada importancia.

Bajo la "obsesión de la solvencia", desarrolló sus trabajos nuestra Institución de Previsión, acuciada, noblemente acuciada, por el convencimiento de que teniendo los Seguros Sociales más de Seguros que de obra social, la necesidad de atender al pago de las pensiones técnicamente perfiladas y precisamente calculadas, imponía una acumulación de reservas fuertes, que permitiesen hacer frente a los pagos cuando llegase el día—entonces lejano y hoy sobrepasado—de comenzar a satisfacerlas. Y esa "obsesión de la solvencia", no sólo atendía a la tranquilidad de asegurar los pagos en su día, sino que con visión certera y ante posibles altera-

ciones de la cartera de valores del Instituto, previó la contingencia de una baja de los mismos tan ampliamente, que la conmoción de nuestra guerra de liberación con sus consecuencias de anulación de moneda, desbloqueo, etc., ha sido salvada por el Instituto Nacional de Previsión en condiciones tan extraordinarias, que su activo no ha sufrido lo más mínimo.

En 1921 se establece el Retiro Obrero obligatorio como primer Seguro Social de carácter legal, cuya gestión se encomienda al Instituto Nacional de Previsión. Seguro de capitalización, lento, complicado y difícil, exigía una vida larga de trabajo para llegar a percibir la pensión de una peseta por día. Su gestión la llevó a cabo el Instituto Nacional de Previsión, bajo una impecable administración, determinante de una situación financiera sólida, que ha venido a constituir una base imprescindible para que por el nuevo Estado haya podido acometerse una política de Seguros Sociales de mayores vuelos que la mayoría de los países europeos.

La misión histórica del Instituto está, pues, cumplida y nada puede reprochársele. Adoleció quizá de un exceso de tecnicismo frío, debido en gran parte a las circunstancias políticas en que nació y vivió; mas justo es reconocerle en su haber una administración modelo y una labor de educación y preparación sobre toda España y más intensa aún sobre su personal, ejemplo de competencia y solvencia moral.

Lógicamente, un Movimiento como el nuestro, de tan profundo sentido social y humano, no podía conformarse con el Retiro Obrero y su posible pensión, tras muchos años de trabajo, de una peseta diaria. Ni con un mezquino Seguro de Maternidad, creado en 1932, y sin desarrollo todavía, salvo en algunas provincias

mediterráneas. Los Seguros Sociales precisan como ninguna Institución, de este tipo, del calor de una política que los asista y vivifique; y una política de esta clase tenía que romper con la técnica matémática, fría y costosa en su aplicación, que imperaba hasta 1936.

Y así surge el Subsidio Familiar, no comprendido aún por muchos españoles, que vino a revolucionar la Previsión española.

La ley de 18 de julio de 1938 constituye la iniciación de la tarea que el nuevo Estado se había impuesto en la declaración 12, punto 3.º, del Fuero del Trabajo, y taxativamente en el punto 2.º de la declaración tercera del mismo, y al crear la Caja Nacional de Subsidios Familiares, como órgano que había de accionar la política social en su proyección familiar, se quiso advertir, sin duda, que su cometido no quedaría estrictamente reducido al desarrollo de las concretas normas administrativas que constituirían el cuerpo dispositivo de la citada ley.

Si a este supuesto, veladamente advertido por ella, se unen la eficacia conseguida y la amplitud y crecimiento logrados, resultará que la Caja Nacional de Subsidios Familiares asume una altísima misión, que cada vez se acusa más, como destino o aspiración política de ese órgano del Instituto Nacional de Previsión.

La serie de disposiciones que posteriormente han sido dictadas, vienen a confirmar esta superación que el mismo organismo se ha impuesto, bajo la fuerza de las consignas que le rigen, convirtiéndole en el instrumento primordial de la política familiar del nuevo Estado. Y en sus fines ambiciosos cuentan: el de llegar a conseguir que en nuestra Patria los hijos no constituyan una preocupación familiar; apartar a la mujer casada del trabajo fuera de su hogar; llevar—en una magnífica solidaridad con los españoles de to-

das las regiones de España—a las zonas agrícolas—de proles más numerosas y de jornales más bajos—los excedentes de las industrializadas, donde las familias suelen ser más reducidas y los jornales más elevados; fomentar los matrimonios mediante los préstamos a la nupcialidad, de éxito cada día mayor, etc.

El afán, consecutivo a la implantación del Subsidio Familiar, de hacer inmediatos los beneficios de otros Seguros Sociales, como el de Vejez, basado en la capitalización, determinan que se les reforme, fundándolo en un sistema de reparto, o gran mutualidad nacional, y así, por ley de 1 de septiembre de 1939, se crea el Subsidio de Vejez, que sustituye al complicado mecanismo del Retiro Obrero obligatorio en régimen de capitalización, por el de pago de pensiones fijas, cuya cuantía se eleva a tres pesetas diarias, mediante cuotas patronales en proporción a los salarios.

La misma ley terminó con las Cajas Colaboradoras, organismos autónomos de radio regional, red de actuación del Instituto Nacional de Previsión sobre el territorio patrio, sustituyéndolas por Delegaciones del propio organismo, con lo que se ha obtenido la unidad de gestión y de orientación imprescindibles para su misión.

El Seguro de Accidentes del Trabajo constituye una especialidad en el sistema general de Seguros Sociales. Su fundamento, generalmente admitido, del riesgo profesional, le da fisonomía propia y distinta de la de los restantes; y así, especialmente, ha sido y continúa siendo regido a través de una Caja Nacional dependiente del Instituto Nacional de Previsión.

El Gobierno nacional, durante nuestra guerra, se ocupó de simplificar la tramitación de los expedientes de accidentes, dando rapidez al pago de las indemnizaciones debidas, con severas sanciones para la entidad o Compañía aseguradora que demorase los pagos; puso manos a la obra justa de atender a los siniestros acontecidos a trabajadores en zona roja, de los que pudo haberse desatendido, y dictó disposiciones, como la que hace posible la entrega al trabajador, en casos de incapacidad permanente, del capital que debería constituirse para el abono de la renta.

Reciente aún la disposición creadora del Seguro de Silicosis, de trascendental importancia para los obreros de determinadas regiones e industrias, no sólo está en funcionamiento, sino que el Instituto Nacional de Previsión ha atendido ya a los infortunados atacados de esa enfermedad, que quedaban excluidos del nuevo Seguro.

El Seguro de Maternidad, el más descuidado hasta ahora de los Seguros Sociales y el de misión más elevada y grata, será en breve, merced a la ley de 18 de junio último, dotado de un contenido y de unos medios a los que jamás se hubiere llegado con la antigua concepción de los Seguros Sociales. Dicha ley, al afiliar a las esposas de los asegurados en el Subsidio Familiar y a las trabajadoras que perciben más de nueve mil pesetas y figuran inscritas en dicho Subsidio, con cargo a la Caja Nacional de Subsidios Familiares, sin que ello suponga, por tanto, el más mínimo recargo para empresarios y productores, aporta al Seguro de Maternidad una masa de más de un millón de afiliadas y permitirá—repite que a cargo de la Caja Nacional de Subsidios Familiares—mejorar extraordinariamente las prestaciones del Seguro y dotar a España, en el camino de unos pocos años,

(Continúa en la página 17.)

PROMESAS

(Del capítulo III del Fuero del Trabajo)

Se establecerá el Subsidio Familiar por medio de organismos adecuados.

La previsión proporcionará al trabajador la seguridad de su amparo en el infortunio.

Se incrementarán los Seguros Sociales de vejez, invalidez, maternidad, accidentes del trabajo, enfermedades profesionales, tuberculosis y paro forzoso, tendiéndose a la implantación de un Seguro total. De modo primordial se atenderá a dotar a los trabajadores ancianos de un retiro suficiente

REALIDADES

1938: Se reorganiza el Instituto Nacional de Previsión; Régimen de Subsidios Familiares.

1939: Subsidio de Viudez y Orfandad; Subsidio de Vejez (se triplican las prestaciones).

1940: Se reglamenta la seguridad e higiene del trabajo, la Inspección de Seguros Sociales y la Obra Maternal Infantil.

1941: Premios a la natalidad y a las familias numerosas; Préstamos a la Nupcialidad; la Caja Nacional de Seguros de Accidentes del Trabajo asume el riesgo de incapacidad temporal; se implanta el Seguro de Silicosis; se duplica el Subsidio Familiar.

Caridad y Justicia ante el sentimiento maternal

Por LUIS FILGUEIRA

POR el mes de marzo de 1898 aconteció un suceso que tuvo estado judicial y que conmovió por entonces la atención del mundo jurídico, estremeciendo al mismo tiempo la sociedad europea. Era en Francia, y se planteaba ante el Tribunal de Chateau-Thierry. Luisa Menard, viuda, con un hijo pequeño a su cargo, casi recién nacido, con su madre enferma, no tiene para afrontar la vida y sacar adelante la familia más medio que su trabajo. Trabajo eventual, que cuando no se encuentra y nada se puede llevar a casa como jornal, sólo tiene el remedio de lo que un establecimiento de beneficencia de Charly daba a la necesitada Luisa. En un día de enero en que esta mujer sin trabajo encontró agotadas en su casa aquellas reservas que le daba la Beneficencia —dos kilos de pan y dos libras de carne semanales—, hizo una cosa que ella, ejemplar ciudadana, virtuosa convecina, no podía hacer; una cosa que ella, madre sin recursos y sin remedios, no podía dejar de hacer: el robo de unos panes en un establecimiento del lugar; pero el robo limitado a las necesidades de aquel día.

El Tribunal dió un aldabonazo sonoro y conmovedor sobre las instituciones mismas que él estaba llamado a mantener y defender de todo; un aldabonazo en los resquebrajados muros de una sociedad liberal y un golpe muy fuerte también a las conciencias distraídas del ambiente social. Esto es, la absolución de Luisa Menard. El Tribunal consideraba, entre otras cosas, que el hambre es susceptible de privar a todo ser humano de una parte de su albedrío y de aminorar en él, en gran medida, la noción del bien y del mal.

La sentencia del juez Magnaud — el buen juez — sería para el futuro el testimonio, en la historia procesal, más importante del estado de Necesidad y también del reconocimiento como derecho, frente a todo y sobre todo, de la atención debida a la maternidad doliente.

Esta sentencia fué también algo más que la solución de un caso justificado de infracción legal. Fué el exponente, pública y manifestamente anunciado, de algo que podía pasar mil veces cada día, porque los sistemas legislativos, acreditando la libertad más absoluta para todos, no daban una aportación de los bienes necesarios para hacer posible esa libertad; y todos los bienes, guardados en bien fortificadas instituciones, cerrados en ellas, sólo podían abrirse a la llamada de la caridad cristiana, llamada que, bien es cierto, no era respondida con la frecuencia ni con la amplitud que el dilatado panorama de la necesidad social requería. Por eso el juez Magnaud acreditó la disconformidad existente entre lo estatuido y la vida real y efectiva del pueblo; y es que ni la misma objetiva severidad judicial pudo escapar a la conmoción íntima del doloroso caso de una madre hambrienta; no pudo eludir algo que estaba evidenciado y que consistía en la oposición de los derechos derivados



de la Naturaleza y de Dios con los derechos esculpidos en el positivismo legal vigente a la sazón. Y lo acreditó porque el caso se le presentaba en la más elevada categoría del sentimiento, en la situación humana más íntima y adorable, más elemental y firme, más común a todos y también más personal en cada caso, más entrañable, más humana, más universal: la situación de la maternidad necesitada.

No se alcanzaba entonces — ni el instrumento judicial podía ser utilizado para ello — el remedio total de tales situaciones. La caridad, que, virtud en ejercicio, no tiene su asiento en todas las almas, había de ser, lógicamente, insuficiente para el remedio de todos los casos. Sólo una idea de deber entre las ideas fundamentales de la convivencia puede implantar como exigencia imperativa en los espíritus donde no brota espontáneamente el amor, la obligación de la mutua asistencia. Esto es, en suma, la función social de previsión, que si viene a remediar todas las posibilidades del infortunio se hace más estimable, más próxima a todos, cuando previene y asegura el estado de maternidad.

De la asistencia pública de beneficencia a la prestación de servicios sociales hay toda la distancia que existe entre el favor inexigible, próximo a la limosna, y la garantía de un derecho que corresponde, por la sola razón de pertenecer, quien pueda disfrutarlo, a la hermandad política y social de una comunidad. Por ser así lo primero, en la seguridad, en la previsión, en las garantías opuestas a la suerte, el afán y el ejercicio de la previsión en el Estado ha de verse principalmente a esa inefable situación de la maternidad. Por esto el Estado nacional, que, como postulado fundamental del Movimiento, cuenta con aquel que propugna y reafirma los valores familiares, exalta el hogar, no podía dejar en modo alguno para segundo término la prevención, resuelta ya de una manera terminante, de la necesidad y de la pobreza, cuando ésta es el lastre que puede impedir los deberes maternos o que puede escindir y quebrar aquellos elementales y supremos postulados.

El proceso de transformación entre la exclusiva prestación de caridad y beneficencia y la atribución del seguro a la ma-

ternidad, fué, en el pasado, ciertamente lento. Lento y vacilante con la calma y la duda propias de los regímenes pretéritos. En el año 1900 se daban ya algunas disposiciones preventivas y de garantía para los estados de embarazo y para el descanso de la mujer trabajadora antes y después del parto. La Conferencia del Seguro Social, en 1917, fué el primer intento para establecer el Seguro de una manera seria. La ley de 1939 tuvo favorables consecuencias, pero eran mínimos los casos previstos, en razón a las condiciones mínimas de jornal y de profesionalidad en la mujer embarazada.

Por esto el régimen de ciertas Fundaciones e Instituciones, que sería injusto olvidar ahora, era solución complementaria de lo que el Estado no solucionaba por sí. Evocamos aquellos Establecimientos que, como la Casa de Maternidad de Santa Cristina, han sido la buena cuna ofrecida al recién nacido de familia necesitada, y sigue, ciertamente, siendo modelo ejemplar. Con esta evocación nos llega aquella otra de un parto y un puerperio plenos de melancólico ambiente, en la bohardilla de una casa de la calle de Cuchilleros, cuya tronera asomaba a un invierno triste y pobre sobre la plaza Mayor. Era el de Fortunata, muerta en el último capítulo de la novela galdosiana, que hubiera podido sacar adelante el fruto de sus entrañas, recién nacido, si entonces la silueta entrañable y bien plantada de la muchacha madrileña hubiera encontrado un recinto propicio a su necesidad y a su tristeza, como el de Santa Cristina. Pero entonces no solamente no existía esta Fundación, sino que no había siquiera una idea seria de la obligación que la sociedad tiene para el Seguro social. ¡Cuántas como ella, y aun más modestas que ella, habrán seguido en Madrid y en España una suerte idéntica! Entre tanto, la despreocupación oficial sólo tenía el remedio de los chalequitos de punto y las medicinas dejadas junto a un catre destartado por las señoras de la Junta de tal o cual Cofradía o Sociedad benéfica.

Con tono de cristiana y humanitaria acción, pero también con imperativo deber y con la firmeza de la técnica de previsión, el Estado nacional ha instalado junto a los dogmas que dan su categoría de derecho natural más elevado a la madre y al niño, los instrumentos suficientes al logro de ese fin. Desde el momento de la Liberación el régimen de Subsidios, en general, y en particular cada una de las situaciones prevenibles, van siendo perfeccionadas y logradas. Para que nunca pueda suceder el caso de Luisa Menard, y para que cualquiera que sea la situación material y espiritual de la madre, quede ésta rodeada e infundida del júbilo y ventura que España tiene que ofrecer en el umbral de la vida a los hijos que llegan, la ley de 18 de julio — cuyo mejor análisis estará en otros lugares de este número — acredita la solución lograda y el remedio definitivo.

LA ASISTENCIA SANITARIA

Por el DR. JUAN BOSCH

66 **L**a existencia en España de numerosas instituciones que, dependientes de diversos ministerios y organizaciones se ocupan de sanidad y asistencia médica maternal e infantil denota preocupación de la sociedad española de todos los tiempos por la madre y el niño.

Así se inicia el preámbulo de la ley de Sanidad Infantil y Maternal, firmada por el Caudillo en 12 de julio de 1941. Y es que, en efecto, florecieron desde tiempo inmemorial en nuestra Nación obras tutelares de la infancia, especialmente abandonada. Dígalo si no la vieja institución «El Padre de Huérfanos», que arraigó tanto en Levante, y el sinnúmero de asilos, orfanatos, casas-cunas, etc., extendidos por todo el ámbito nacional. El niño abandonado, el pobre, el huérfano, encontraba en instituciones preferentemente religiosas fácil cobijo. La caridad cristiana sembró nuestro país de obras meritorias.

No se sintió, sin embargo, hasta hace cincuenta años preocupación sanitaria. La Medicina infantil, la Pediatría, es bien reciente; casi nació con el siglo actual. Se enseña en las Universidades como disciplina aparte, nace la especialización y pronto advierte que la mortalidad infantil es elevadísima; que existen muchas enfermedades evitables; que no solamente causas de orden médico influyen en las enfermedades y muerte de los niños, sino causas de orden social; que cuanto con el desarrollo normal del niño se relaciona podría superarse (Puericultura); que para mejorar la infancia en cantidad y calidad hay que dictar leyes, fundar Obras, combatir errores y sistemas, crear Organizaciones... Higiene social de la infancia. La preocupación creciente por la infancia en todos los pueblos cultos ha hecho afirmar que el siglo XX es el siglo del niño.

¿Precisa España de esa preocupación sanitaria por la infancia? En efecto: la mortalidad infantil (así se llama al número de niños que de cada mil nacidos vivos mueren en el primer año de la vida) era en el siglo XIX de 200. La quinta parte de los niños españoles desaparecían antes de su primer cumpleaños. En 1909 ya no morían sino 173 por 1.000. En 1932, 117 por 1.000, y, por fin, en 1935, 11 por 1.000.

El progreso no pudo ser mayor, gracias al mejoramiento sanitario del país y la mayor cultura médica, al progreso económico, etc.

Mas no en todas las regiones españolas los hechos son tan halagüeños.

En 1931 morían en L. Palmas	214 por 1.000
» » » Zamora	207 » »
» » » Cáceres	205 » »
» » » Badajoz	192 » »
» » » Cuenca	189 » »
» » » Salamanca	185 » »
» » » Segovia	172 » »
» » » Tenerife	171 » »
» » » Valladolid	170 » »
» » » Avila	169 » »
» » » León	168 » »

Contrastando con provincias de muy baja mortalidad infantil, como:

Castellón	57 por 1.000
Baleares	71 » »
Guipúzcoa	73 » »
Valencia	73 » »
Barcelona	76 » »

Mejoraron esas cifras y el promedio llegó al mínimo de 110 en 1935; cifra ya comparable con la de naciones de características parecidas a las nuestras, como Italia y Francia, de 90 a 100 por 1.000.

Nunca podremos alcanzar las cifras del centro y norte de Europa, mas debemos procurar aproximarnos.

¿Qué lugar ocupa España en relación con otras naciones?

(Véase gráfico núm. 1.)

En los últimos años, por efectos de la guerra y actual crisis mundial, empezó el problema, y vemos lo que nos dicen estadísticas de la Dirección General de Sanidad sobre mortalidad infantil en las provincias y capitales de España:

(Véanse gráficos núms. 2 y 3.)

Como gráficamente se representa en el gráfico número 4.

Merece especial mención también la llamada mortalidad: número de niños nacidos muertos. En este grupo se cuentan anualmente de 15.000 a 20.000 niños.

¿Cuántos de los 80.000 niños que mueren en el primer año y cuántos de los 20.000 que mueren al nacer pudieran salvarse?

Probablemente la mitad.

¿Causas de mortalidad infantil?

Hay causas de orden económico; las hay de orden cultural. La influencia de la economía es indudable. En España tenemos el ejemplo: las cifras con tendencia optimista de nuestra mortalidad infantil se han modificado profundamente por la crisis económica universal: alimentación, vestido, limpieza, etc. Mas en tiempo normal puede afirmarse que apenas tienen influencia entre nosotros; no existen pobres, no hay miseria sino en los suburbios de las grandes ciudades de Madrid y Barcelona. El tono medio de la vida española es suficiente dentro de la sordidez habitual.

Influyen de modo especial en la mortalidad general, y sobre todo infantil, las causas de orden cultural. Es la incultura de las gentes en materia sanitaria, y concretamente de Puericultura, que alcanza no sólo a clase modesta, sino media y hasta elevada, al transmitirse de generación en generación, de madres a hijas, prácticas, costumbres, consejos de los más absurdos, que varían de unas regiones a otras, y que constituyen lo que podríamos llamar «errores de la sabiduría popular»; nociones de higiene que en el siglo XVIII creyeron los médicos y que dos siglos después viven aún en el pueblo.

De ahí que conceptuemos como más eficaces las medidas que tiendan a elevar el nivel cultural de nuestro pueblo.

Cuanto rodean al niño deben mejorar

en cultura, el médico especialmente; ayudemos todos a la Universidad, mejoremos sus cátedras, sus hospitales. La matrona, que no debiera ejercer sin conocimientos exactos de Puericultura, de los que carece en general; la enfermera, puericultora en tiempo de paz; hospitalaria, en la guerra, y la mujer: Recordemos que sabiamente la Iglesia, como garantía de que los cónyuges se hallan en condiciones de educar a sus hijos según sus preceptos, les exige conocer antes de realizar el matrimonio canónico el Catecismo Cristiano. Y añadimos nosotros, y con nosotros todos los puericultores: ¿Quién exige a esos esposos, que dentro de poco van a ser padres, garantía de que por ignorancia, por desconocer siquiera sea lo más elemental de la higiene, las normas más sencillas de Puericultura, no van a constituir un peligro para la vida de sus descendientes? De ahí la conveniencia de procurar que toda mujer, por modesta que sea su condición, adquiera nociones de Puericultura y no espere a pasar el aprendizaje de este sencillo pero trascendental arte de criar a los niños en su propio hijo.

¿De qué mueren los niños en España?

En las primeras semanas, período del recién nacido, de enfermedades heredadas de los padres o adquiridas al nacer por asistencia inadecuada del parto: asfixia, debilidad congénita, infecciones, etc. Durante el primer año, por trastornos debidos a defectos o faltas en la alimentación, especialmente artificial; en el segundo y tercer año, por enfermedades del aparato respiratorio, gripe, bronconeumonía y, finalmente, enfermedades propias o comunes de la infancia, varias de ellas perfectamente evitables, como viruela y difteria, mediante vacunación.

¿Cuándo salvaremos miles y miles de niños españoles? Cuando las normas, sencillas, fáciles y económicas, de la Puericultura sean conocidas y practicadas por las gentes; cuando las madres Jesoigan el consejo de cualquier amiga, vecina o pariente que, escudándose en su experiencia, sienta cátedra de Puericultura y se atreva a aconsejar las cosas más absurdas y perjudiciales; cuando las madres desprecien las recomendaciones y anuncios que puedan leer u oír, dictados casi siempre por el afán de lucro de comerciantes desaprensivos; cuando las madres se esfuerzen en criar a sus hijos al pecho; cuando las madres no fien nada más que del consejo del médico en la salud y en las enfermedades de los niños...

ESTADO CIVIL Y MORTALIDAD. PELIGRO DE LAS INCLUSAS

El estado civil del niño influye de modo decisivo en su cifra de mortalidad, que si entre los hijos legítimos es de 120 por 1.000, alcanza entre los ilegítimos cerca del 300 por 1.000. Mucho mayor cuando éstos son abandonados en instituciones oficiales que les acogen, ya que en ellas normalmente hay una mortalidad del 500 por 1.000, que en ocasiones—epidemias, etc.—ha llegado a alcanzar a la totalidad de los niños. No

SUECIA

ALEMANIA

AUSTRIA

INGLATERRA

NORUEGA

SUIZA

AUSTRALIA

NOZELANDA

FRANCIA

EE.UU.

ESTONIA

BELGICA

ESCOCIA

FINLANDIA

LETONIA

CHECOSLOVAKIA

HOLANDA

CANADA

HUNGRIA

ITALIA

LITUANIA

ESPAÑA

POLONIA

JAPON

CHILE

RUMANIA

Mortalidad por 1.000 habitantes
Mortalidad infantil en %

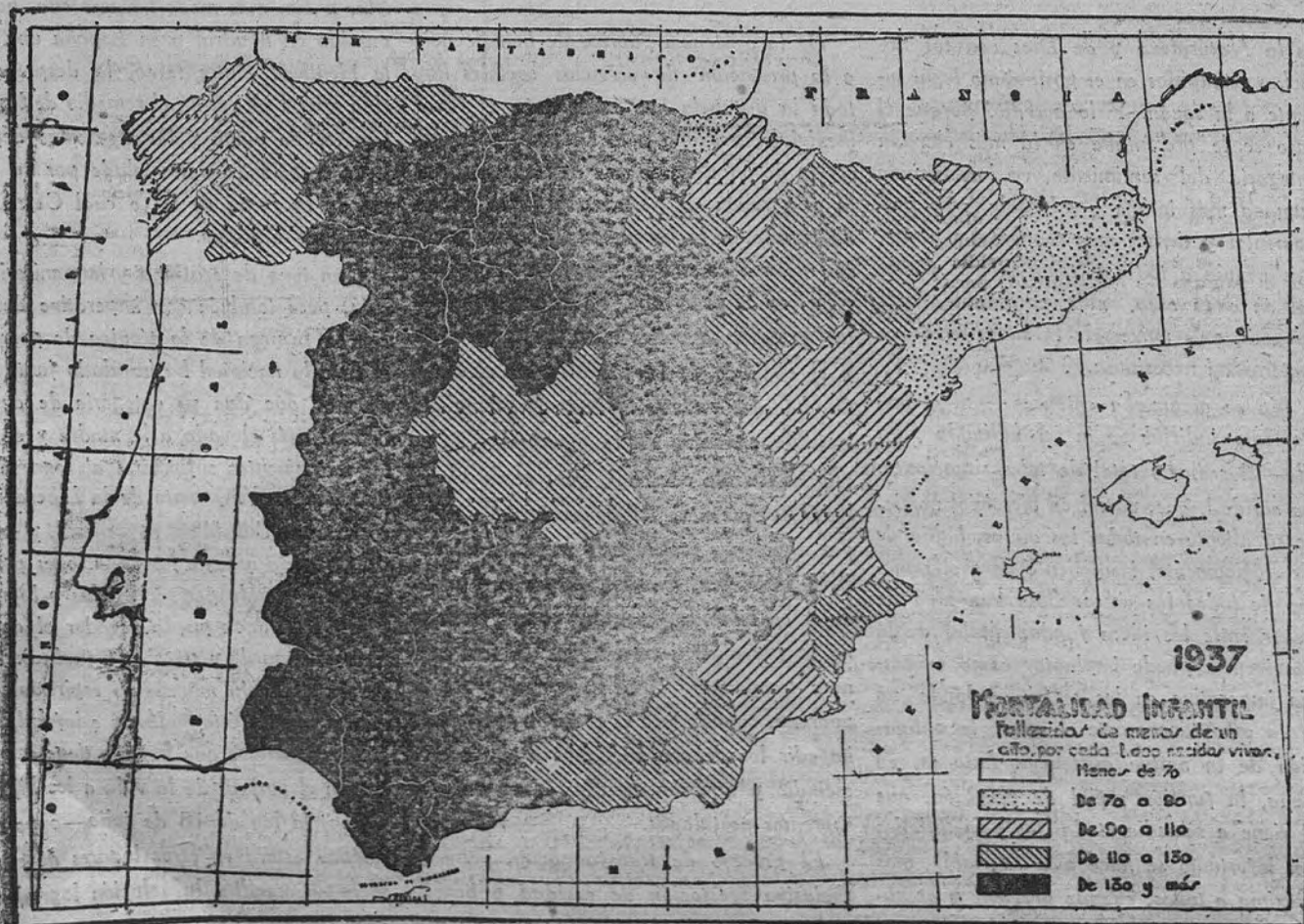


GRAFICO NUM. 4

olvidemos que por algo se ha llamado a las Inclusas antiguas «la antesala del cielo». Y cabe preguntarse: ¿Por qué abandona una madre a su hijo? Por prejuicios sociales, unas veces; porque no puede atender a su sustento, en otras; porque le estorba, en fin, para su industria o género de vida.

¿Qué ocurre con el niño abandonado? En la mayoría de los casos muere. En ocasiones es prolijado por otra familia, que ve siempre ante sí el fantasma de la madre, que en momento determinado, pasados los años, pueda reclamarle y conseguir arrebatárselo a sus padres adoptivos.

EVITEMOS EL ABANDONO INFANTIL

En esto, como en todo, vale más prevenir. Hay que hacer profilaxis del abandono infantil, hay que evitar ese hecho monstruoso entre madres españolas; no se aplique nunca a ellas la frase tan cierta de que «las fieras, con ser fieras, amamantan a sus hijos, y sólo entre los hombres se ve a las madres abandonarles».

En diferentes Congresos de Protección a la Infancia se ha reputado como medida la más eficaz contra el abandono infantil procurar por todos los medios que el recién nacido conviva con su madre siquiera sea unas semanas, dando lugar a que prenda en ella la llama del amor materno, y sobreponiéndose a las causas que pudieran inducir al abandono del niño, no se separe de él, contribuyendo a su propia regeneración moral cuando la necesitare y a que, instituida una lactancia maternal, disminuyan extraordinariamente los estragos que la lactancia artificial ocasiona en los primeros meses de la vida. Obligüemos a que las madres que

LA MADRE Y EL NIÑO

JUAN BOSCH MARIN

a Obra Maternal e Infantil del
Nacional de Previsión y de los
s de Puericultura del Estado)

Relación entre Natalidad y Mortalidad infantil en 26 países

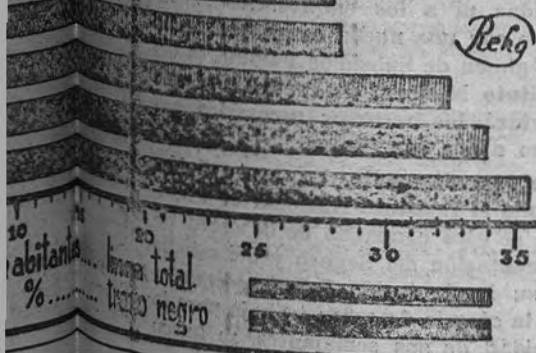


GRAFICO NUM. 1

sesenta horas semanales presentaban la cifra de 91 por 100 de enfermedades superior a la de los hombres, bastando reducir el número de horas a cuarenta para que bajase un tercio el de dolencias. Lo mismo ocurre con el trabajo intelectual: entre maestras elementales la morbilidad es doble que entre los maestros, y la duración de enfermedades, catorce días para las primeras y seis a siete para los segundos. Entre los funcionarios enferman las mujeres un 40 por 100 más que los empleados.

El rendimiento en el trabajo disminuye notablemente durante el periodo menstrual, y si transcurre sin reposo se originan molestias importantes. Gran influencia tiene la posición durante el trabajo: en máquina a pedal, 15 por 100 de enfermedades, contra 4 por 100 si trabajan con las manos. La posición en pie, en movimiento continuo, como las planchadoras, repercute desfavorablemente sobre la maternidad. Las intoxicaciones profesionales son muy graves: por el plomo, por cinco hombres afectados de saturnismo hay 19 mujeres con la misma intoxicación, produciéndose, además, abortos, niños muertos y debilidad de nacimiento.

PELIGROS DEL TRABAJO FEMENINO

Este origina:

- Disminución de la nupcialidad.
- Aumento de la mortalidad maternal.
- Disminución de la natalidad.
- Aumento de la mortalidad infantil.

MORTALIDAD INFANTIL POR TRASTORNOS NUTRITIVOS

Primer año: Hijos de obreras, 473; hijos de no obreras, 250.

Segundo año: Hijos de obreras, 400; hijos de no obreras, 180.

MORTALIDAD PRECOZ DE LA MADRE OBRERA

Hijos de obreros: La cuarta parte perdió al padre; la décima parte perdió a la madre.

Hijos de familias agrícolas: La séptima parte perdió al padre; la treceava parte perdió a la madre.

TRABAJO Y LACTANCIA

La obrera lactante se ve obligada a condenar a su hijo a lactancia artificial, exponiéndolo a una muerte probable; lactancia mixta, con sus peligros, o acogiendo teóricamente al descanso matutino y vespertino que se le concede para dar el pecho a su hijo. Pero ¿cómo puede una obrera en media hora abandonar el trabajo, dar el pecho a su hijo y volver al taller? Imposible. Por ello precisa se establezcan salas de lactancia en los mismos talleres o fábricas o próximos a ellos. Su eficacia es tan grande, que se ha comprobado que donde la mortalidad media es de 9 por 100, entre los niños acogidos en las fábricas es de 6 por 100. ¿Por qué? Por la vigilancia próxima de la madre y el aprendizaje de Puericultura que recibe de enfermeras y guardadoras. En este sentido va a mejorarse nuestro Seguro de Maternidad español.

DEFENSA DE LA MATERNIDAD

Entre tanto no se llega al ideal señalado en el Fuero del Trabajo de «liberar a la mujer casada del taller y de la fábrica» protege a la mujer obrera el Seguro Obligatorio de Maternidad. Adherida España a la Conferencia de Washington de 1919, se estableció el Subsidio y después el Seguro de Maternidad, encargándose de regirlo el Instituto Nacional de Previsión. Su justificación en España nos la señala el maestro de sociólogos profesor Severino Aznar, que dirigiéndose en 1931 a médicos de Sanidad Nacional decía: «¿Por qué tiene España Seguro de Maternidad? Las causas son dos: el tremendo problema sanitario de mortalidad maternal e infantil; la necesidad de sacar a la obrera del callejón sin salida en que se encontraba, porque si no descansaba antes y después del parto, ella y su hijo rendían tributo a la enfermedad y a la muerte, y si descansaba sin compensación por los salarios perdidos, por sus puertas entraba, más que la salud, el hambre. El problema sanitario no era una ficción en España. De 1903 a 1926 murieron en España anualmente 3.300 mujeres en el parto; nacieron muertos 17.000 niños anualmente; 97.000 murieron en el primer año, y más de 170.000 anualmente antes de los cinco años. Las madres españolas que existían en 1920 habían llevado al cementerio más de seis millones de hijos.» Y añade el propio Aznar: «Esas 3.000 madres anuales mueren en el cumplimiento de un deber sagrado precisamente en el momento que prestan a la sociedad el máximo servicio, perpetuarla y conservarla; que si la sociedad no ha de extinguirse las mujeres tienen que dar a luz.

BENEFICIOS DEL SEGURO DE MATERNIDAD?

- Descanso retribuido durante seis semanas después del parto.
- Conservar el puesto de trabajo al terminar el descanso.
- Descanso antes del parto, si precisa.
- Vigilancia sanitaria durante la gestación.
- Asistencia por médico o comadrona a domicilio o en clínica.
- Premio en metálico cuando lacta a su hijo.
- Servicios de Puericultura durante el primer año.
- Etcétera, etcétera.

OBRA MATERNAL E INFANTIL DEL INSTITUTO NACIONAL DE PREVISION.

Siguiendo las consignas del Caudillo de incrementar las instituciones de Puericultura, ha procurado el Instituto de Previsión desde la iniciación del Movimiento Nacional crear Clínicas y Dispensarios en la mayor parte de las provincias españolas para atender sanitariamente al medio millón de mujeres aseguradas y asistir

los 22.000 partos anuales de las mismas, y así hoy cuenta con ocho Clínicas y cincuenta Dispensarios de Maternología y Puericultura en las grandes poblaciones fabriles.

Las ventajas indudables del Seguro de Maternidad van a alcanzar a zonas extensas de la masa productora gracias a

LA LEY GIRON DE JUNIO DE 1942

Dos millones de mujeres españolas, obreras o esposas de productores, van a beneficiarse gracias a la ley firmada en 18 de junio último por el Caudillo a propuesta de nuestro insigne ministro de Trabajo, dándose con ello un paso gigante en el campo de la asistencia maternal. Es esta ley la medida sanitaria más trascendental de los últimos tiempos, y nunca agradeceremos bastante los médicos españoles, y en especial las madres obreras, la mejora que deben a la acertada gestión del camarada José Antonio Girón.

La Caja Nacional de Subsidios Familiares va a inscribir en el Seguro de Maternidad a las esposas de los subsidiados, que desde ahora tendrán los servicios sa-

(Continúa en la página 17.)

Mortalidad infantil.—Fallecidos de menos de un año por cada 1.000 nacidos vivos.

PROVINCIAS	Fallecidos de menos de un año por 1.000 nacidos vivos.		Aumento o disminución en 1937 con relación a 1936...	PROVINCIAS	Fallecidos de menos de un año por 1.000 nacidos vivos.		Aumento o disminución en 1937 con relación a 1936...
	En 1936	En 1937			En 1936	En 1937	
Alava	76	140	+ 64	Lugo	97	110	+ 13
Albacete	112	131	+ 19	Madrid	130	112	- 18
Alicante	84	117	+ 33	Málaga	111	141	+ 30
Almería	103	125	+ 22	Murcia	90	102	+ 12
Avila	154	126	- 28	Navarra	85	107	+ 22
Badajoz	136	158	+ 22	Orense	100	121	+ 21
Baleares	48	58	+ 10	Oviedo	78	121	+ 43
Barcelona	56	79	+ 23	Palencia	157	187	+ 30
Burgos	139	159	+ 20	Palmas (Las)	150	183	+ 38
Cáceres	155	189	+ 34	Pontevedra	90	109	+ 19
Cádiz	135	143	+ 8	Salamanca	123	140	+ 17
Castellón	75	107	+ 32	Sta. C. de Tenerife	104	131	+ 27
Ciudad Real	131	155	+ 24	Santander	90	172	+ 82
Córdoba	127	147	+ 20	Segovia	125	130	+ 5
Coruña	92	103	+ 11	Sevilla	123	143	+ 20
Cuenca	136	145	+ 9	Soria	111	141	+ 30
Gerona	47	89	+ 42	Tarragona	53	85	+ 32
Granada	99	129	+ 30	Teruel	96	105	+ 9
Guadalupe	116	156	+ 40	Toledo	122	123	+ 6
Guipúzcoa	63	77	+ 14	Valencia	82	105	+ 23
Huelva	103	135	+ 32	Valladolid	148	160	+ 12
Huesca	80	121	+ 41	Vizcaya	64	133	+ 69
Jaén	154	176	+ 22	Zamora	150	165	+ 15
León	127	160	+ 33	Zaragoza	103	114	+ 11
Lérida	61	107	+ 46				
Logroño	116	123	+ 7	TOTALES	109	130	+ 21

GRAFICO NUM. 2

Mortalidad infantil.—Fallecidos de menos de un año por cada 1.000 nacidos vivos.

CAPITALES	Fallecidos de menos de un año por 1.000 nacidos vivos.		Aumento o disminución en 1937 con relación a 1936...	CAPITALES	Fallecidos de menos de un año por 1.000 nacidos vivos.		Aumento o disminución en 1937 con relación a 1936...
	En 1936	En 1937			En 1936	En 1937	
Alava (Vitoria)	65	140	+ 75	Lugo	147	143	- 4
Albacete	103	129	+ 26	Madrid	113	96	- 17
Alicante	86	113	+ 27	Málaga	98	134	+ 36
Almería	109	205	+ 96	Murcia	79	100	+ 21
Avila	111	97	- 14	Navarra (Pamp.)	74	130	+ 56
Badajoz	137	144	+ 7	Orense	81	103	+ 22
Baleares (P. de Mallorca)	45	63	+ 18	Oviedo	136	116	- 20
Barcelona	58	83	+ 25	Palencia	171	205	+ 34
Burgos	131	166	+ 35	Palmas (Las)	162	220	+ 38
Cáceres	190	213	+ 23	Pontevedra	106	119	+ 13
Cádiz	124	130	+ 6	Salamanca	150	160	+ 10
Castellón	64	85	+ 21	Sta. C. de Tenerife	157	205	+ 48
Ciudad Real	129	161	+ 32	Santander	119	180	+ 61
Córdoba	139	146	+ 7	Segovia	116	152	+ 36
Coruña	88	113	+ 25	Sevilla	97	112	+ 15
Cuenca	167	225	+ 58	Soria	67	176	+ 109
Gerona	45	104	+ 59	Tarragona	56	156	+ 100
Granada	116	141	+ 25	Teruel	119	126	+ 7
Guadalajara	155	215	+ 60	Toledo	100	126	+ 26
Guipúzcoa (S. S.)	52	74	+ 22	Valencia	74	102	+ 28
Huelva	91	117	+ 26	Valladolid	140	172	+ 32
Huesca	160	140	- 20	Vizcaya (Bilbao)	61	130	+ 69
Jaén	160	208	+ 48	Zamora	156	215	+ 59
León	162	228	+ 66	Zaragoza	91	115	+ 24
Lérida	77	97	+ 20				
Logroño	113	98	- 15	TOTALES	101	122	+ 21

GRAFICO NUM. 3

INFLUENCIA DEL TRABAJO DE LA MUJER

Es indudable la que ejerce sobre la mortalidad infantil: la cifra de 63 por 1.000 sube a 74 si la mujer trabaja en su hogar y a 162 si fuera del mismo.

Aumentan las enfermedades propias de la mujer: anemia, enfermedades nerviosas, etc. En fábricas de municiones se ha observado que mujeres ocupadas durante

EL SEGURO DE MATERNIDAD

Por SEBASTIAN CRIADO DEL REY

LA fecundidad fué, desde el principio, consigna de fuerza y poderío.

Creció el hombre y se multiplicó, y así pudo señorear la tierra, y la familia, creada por Dios en el alborar de la vida, fué el vivero de la Humanidad y la célula originaria de la sociedad y del Estado.

La familia, sociedad primaria y natural, en que los hombres están unidos por los fuertes lazos de la sangre, de la vida y de la muerte, es institución fundamental, cuya fuerza está en gran parte vinculada al número de los que la integran. Por eso, la fecundidad es un regalo divino, y la esterilidad una maldición.

No estorbaban los muchos hijos, no asustaba la teoría de una prole interminable; antes al contrario: ello era una bendición del Cielo y se recibía con alborozo a los nuevos pequeñuelos, que traían al hogar un presente de alegría y una promesa de prosperidad.

Así pudieron decir nuestros abuelos que cada hijo traía al mundo un pan debajo del brazo.

Pero llegó un día en que las viejas instituciones familiares temblaron bajo la amenaza de doctrinas innovadoras. El liberalismo, con sus nuevas afirmaciones políticas y económicas, fué huracán que batió duramente el fuerte edificio familiar y, derribando puertas y ventanas, amenazó con las furiosas ráfagas de sus consecuencias el fuego hogareño a cuyo alrededor la familia, unida y numerosa, era el cimiento firme de las comunidades nacionales, que tenían una fe y cumplían un destino.

El liberalismo económico proletariza las masas; el salariado sume al trabajador en la miseria. El jornal no es más que el precio del trabajo y se rige por la trágica ley de la oferta y la demanda, y es tan abundante el ofrecimiento de brazos inactivos, que aquél descende hasta límites que no alcanzan a sustentar las mismas fuerzas que por él se venden.

La familia del obrero no cuenta para el empresario. Como la familia no trabaja en el taller o en el campo, la mujer y los hijos del trabajador no existen para el patrono en la economía liberal.

Surge, naturalmente, la crisis de la familia, que se muestra de modo inmediato en la disminución del número de matrimonios y, sobre todo, en la caída vertical del número de nacimientos.

La fecundidad, regalo divino, se ha convertido en una maldición. La anunciación de un hijo, es manantial de gravísimas preocupaciones. La primera y la más terrible es, para el hombre, el temor de perder la compañera de su vida, la mujer que con él comparte la miseria del jornal con que se paga la mercancía de su trabajo. Porque el alumbramiento ha de ser, forzosamente, en el hogar proletario, sórdido y miserable: porque no puede sufragar los gastos de una ayuda médica especialista y adecuada; porque le faltarán, en el momento sublime, los más elementales medios de asistencia a la madre y al hijo...

Después..., después es la miseria. Una boca más es un bocado menos en la inampliable ración familiar. De la casa del trabajador ha huido la alegría para siempre, porque los hijos no traen ya un pan debajo del brazo; vienen al mundo con sólo una insaciable boca y unos grandes ojos angustiados, que piden un pan que no trajeron y que su

padre, miserable proletario, no les puede dar.

Dolor y desesperación. A la vista de la envejecida mujer, desnutrida y depauperada por la crianza de los hijos; ante el espectáculo de una prole hambrienta y enfermiza; en presencia del aterrador balance de los hijos nacidos y de los muertos; en el ambiente infecto de una miserable habitación, el proletario alza sus ojos blasfemos hacia el cielo, sin pensar que su dolor y su miseria son obra de los hombres que le engañaron con el trino armonioso y traicionero de la libertad política, encubridora de una auténtica esclavitud económica.

En su desesperación, es terreno abonado para todas las rebeldías, y pronto surgen los que explotan su hambre y su dolor. El proletario renuncia al matrimonio y a la paternidad. El amor libre y el neomaltusianismo se le ofrecen como un oasis en la vida sin horizontes a que le condenó la economía liberal.

La Iglesia es quien primero advierte el peligro, y la voz de los papas acude al remedio de la catástrofe que para la sociedad supone la desaparición de la familia.

León XIII y Pío XI dicen al egoísmo patronal: que debe darse al obrero una retribución que baste a su sostenimiento y al de su familia, y que dar el salario familiar es un deber, no de caridad, sino de justicia.

Los Estados liberales venían cerrando los ojos al tremendo problema de la crisis familiar. Monstruoso hijo natural de su doctrina, no querían reconocerle y aparentaban ignorar su existencia; pero tanto crece y tan amenazador se plantea, que han de terminar por enfrentarse con él y tratar de corregir sus trágicas consecuencias.

Surgen las Cajas Compensadoras y el Subsidio Familiar; pero tímidamente, sin la ambición de afrontar en sus dimensiones totales el ancho problema de la familia del trabajador.

También, desde principio de siglo, comienza a preocupar el descenso de natalidad. Hay muchos viejos y muy pocos jóvenes. En el mundo belicoso en que vivimos este es un peligro mortal, y la preocupación se traduce en medidas esporádicas y parciales de protección a la maternidad, a la lactancia maternal y al trabajo de las mujeres y de los niños.

La primera Conferencia Internacional del Trabajo, celebrada en Washington en 1919, afronta estos problemas y los concreta en un Convenio Internacional, en que se establece el reposo de la mujer durante el período de seis semanas después del parto; el derecho a dejar el trabajo seis semanas antes del mismo; no poder ser despedida durante estos plazos; una indemnización durante el período de reposo suficiente para su sostenimiento y el de su hijo; asistencia médica necesaria, y dos reposos de media hora durante el trabajo cuando lacte a su hijo.

A partir de entonces, aparece el Seguro de Maternidad, que en algunos países se injerta en el de enfermedad, y en otros, como Italia, Argentina, Cuba y España, se establece con carácter autónomo.

Aún hubieron de transcurrir diez años desde la Conferencia de Washington antes de que en España se implantase el Seguro de Maternidad. Y hubo

de caer el sistema liberal a manos de D. Miguel Primo de Rivera para que pudiera crearse por Real Decreto de 22 de marzo de 1929, transformando en Seguro obligatorio el subsidio tutelar para la madre obrera, establecido por el Real Decreto de 21 de agosto de 1923.

Son beneficiarias de este Seguro de Maternidad, las obreras y empleadas inscritas en el Régimen obligatorio de Retiro Obrero.

Los beneficios que se conceden a las aseguradas cotizantes son: la asistencia gratuita de matrona, médico y farmacia; una indemnización por razón de descanso, que es obligatorio durante las seis semanas posteriores al parto y voluntario en las seis anteriores al mismo; utilización gratuita de las Obras de Protección a la Maternidad y a la Infancia que puedan ponerse a su disposición; un subsidio cuando lacte a su hijo, y una indemnización extraordinaria en casos especiales.

Aplicado el Seguro, llegan a afiliarse hasta 761.298 obreras, de las cuales sólo cotizan y, por consiguiente, se benefician del Seguro, 483.507, con 21.172 partos indemnizados, en el año 1941.

La Obra Maternal e Infantil dependiente del Seguro, con la limitación de medios económicos que el Estado pone a su disposición, concierta las prestaciones sanitarias con los Colegios Oficiales de Médicos, Farmacéuticos y Matronas y los servicios de Dispensario y Clínicas, con otras Instituciones, especialmente con la Sanidad nacional. De este modo el Seguro de Maternidad llega a disponer de 62 dispensarios y siete clínicas de Maternidad, de las cuales sólo una, la de Barcelona, le pertenece en propiedad.

Esta es, sintéticamente expuesta, la máxima extensión del Seguro de Maternidad antes de la ley trascendental de 18 de junio de 1942.

Cuando Franco, Caudillo de España, Generalísimo de sus Ejércitos y Jefe Nacional de la Falange, después de haber consagrado los puntos doctrinales de ésta como norma programática del nuevo Estado, quiso articular la doctrina falangista sobre el salario familiar y la protección a la Maternidad, en el más solemne precepto que pudiera emanar del caudillaje, el Fuero del Trabajo declaró: «Se establecerá el Subsidio Familiar por medio de organismos adecuados y se incrementará el Seguro Social de Maternidad.»

Así se declara el día 9 de marzo de 1933, y cuatro meses más tarde, el 18 de julio de aquel año, se promulga la ley de Subsidios Familiares; ingente creación del Estado nacionalsindicalista, reveladora de una capacidad revolucionaria, que coloca a España en la línea avanzada de la nueva civilización que amanece sobre el mundo.

En 1942 un ministro falangista, José Antonio Girón de Velasco—ímpetu y estilo, pensamiento y acción—, secunda eficazmente las consignas del Caudillo y cuaja la promesa del Fuero en la realidad de una ley, recogiendo audaz y ardorosamente una propuesta del Instituto Nacional de Previsión que, paso a paso, con su incesante labor, va ganando en buena lid el título de Instituto Nacionalsindicalista de la Previsión.

Y se promulga la ley de 18 de junio de 1942, incrementando el Seguro de Maternidad.

¿Qué significa la nueva ley en el Seguro de Maternidad?

Significa, sobre todo lo demás, que, en adelante, no estarán sólo incluidas en el Seguro las trabajadoras con ingresos inferiores a 9.000 pesetas, sino también las que tengan ingresos superiores a esta cifra y las esposas de todos los trabajadores que figuren en el régimen de Subsidios Familiares, esto es, las mujeres de todos los productores españoles.

La canción exacta de los números canta el triunfo del empuje nacionalsindicalista sobre las tímidas realizaciones de la previsión liberal.

El enclenque y restringido Seguro de Maternidad del régimen burgués y liberal, que los socialistas respetaron durante la etapa republicana y la roja que la subsiguio, protegía a 483.507 mujeres trabajadoras; el Seguro de Maternidad de la Falange protegerá a estas mismas, a otras 3.000 productoras antes excluidas y a ¡1.200.000! esposas de trabajadores. Frente a los 21.172 partos asistidos en 1941, asistencias 133.000 calculadas para la primera y segunda anualidad de vigencia del nuevo Seguro, que serán elevadas en años posteriores hasta la cifra de 327.000 partos que se calculan dentro de las familias asegurables al régimen de Subsidios Familiares. Al lado de un presupuesto de gastos actual de pesetas 7.710.000, el de 55.560.000 pesetas, que se proyecta para la primera anualidad del nuevo régimen.

Esta protección nueva, esta desmedida y súbita extensión del Seguro de Maternidad, se hará sin que a las beneficiadas ni a los empresarios se les grave con una nueva carga, porque es el régimen de Subsidios Familiares del Instituto Nacional de Previsión el que aportará los recursos necesarios con cargo a sus excedentes.

Es, precisamente, en estos días cuando el Instituto Nacional de Previsión se está ocupando de la nueva reglamentación del Seguro y del estudio de su implantación. Infatigablemente, con la alegría de quien trabaja para la felicidad de sus semejantes, se hacen cálculos y se formulan proyectos.

Proyectos que abren horizontes insospechados y asombrosos a la Obra Maternal e Infantil para el establecimiento de Hospitales-Cunas, Clínicas y Dispensarios propios.

Proyectos que no son sueños, porque tienen la base real y tangible del 25 por 100 de los fondos de reserva de la Caja Nacional de Subsidios Familiares, a más de los fondos propios del Seguro, que se invertirán en la construcción y dotación de aquellas Instituciones de maternología y puericultura.

Son, aproximadamente, 68 millones de pesetas que se dedicarán a estas obras, que han de traducirse en una maternidad sana y alegre. Se prevé la construcción de 100 Hospitales-Cuna y Clínicas de maternidad y puericultura con Dispensario anejo, con un total de 1.360 camas.

Y cuando en un plazo brevísimo de ejecución quede implantado el Seguro de Maternidad en toda su extensión nacionalsindicalista, volverá a ser el hijo una bendición del Cielo, y alrededor de la cama blanca de la Clínica de Maternidad, la madre y el padre, con los ojos puestos en el niño recién nacido, darán gracias a Dios por el divino presente de su fecundidad; saludarán a Franco con el brazo extendido, y conocerán la verdad revolucionaria de la Falange, que, con la Patria, les dio el Pan y la Justicia.

Los Seguros Sociales en el campo

Por MERCEDES SANZ BACHILLER

Es tanto lo que la Falange ha puesto en reivindicar para los campesinos sus añejas aspiraciones, aunque a veces no lo haya logrado de una manera total y fácil, que escribo estas líneas, dedicadas a los Seguros Sociales en la Agricultura, con profunda ilusión. Me agrada, en efecto, contribuir con mi modesta aportación a que los Seguros Sociales en el medio rural tengan una realidad palpable y una efectividad sin limitaciones, porque a pesar de tantas lamentaciones de sociólogos eminentes y de la abundancia literaria de autorizadísimas firmas, los frutos recogidos hasta ahora no pueden satisfacer las ilusiones de los trabajadores del campo.

Es obligado punto de partida recordar algo tan sabido de las gentes como el hecho de ser España un país esencialmente agrario, si se tiene en cuenta que las dos terceras partes de la población española viven en íntima relación con el campo; es decir, unidos a él de modo primordial por lazos de carácter económico.

El sector agrícola, no solamente es extenso en España, sino que también puede considerarse medular, como celoso guardador de las ciencias tradicionales de nuestra raza. De ahí, que para medir en España la importancia alcanzada por una reforma cultural, económica o social impuesta desde arriba, no queda otro camino que mirar al campo y comprobar en él los efectos conseguidos. Por buena que sea, en esencia, una disposición legal dictada para todo el país, podremos considerarla fracasada si no ha logrado calar en el agro. Creo, pues, que el juicio definitivo sobre los resultados sostenidos, en cuanto a Seguros Sociales se refiere, debe quedar pendiente hasta que éstos hayan llegado de un modo eficiente al más apartado rincón de la población rural española.

NECESIDAD DE UN CLIMA SOCIAL AGRARIO

Todos debemos esforzarnos para que la política social no llegue al campo tardía y pobremente.

Nos dolemos con frecuencia de la despoblación francamente alarmante del medio rural, que produce el hacinamiento urbano, y, en cambio, somos poco diligentes para poner en práctica el único remedio posible: que el trabajador del campo no tenga por qué envidiar en nivel de vida del de la ciudad.

Como ejemplo de esta desigualdad, puede presentarse gráficamente cualquiera de las manifestaciones en que se concreta la labor social. No es, por desgracia, excepción, ni mucho menos, la Previsión Social.

Si a finales del pasado siglo la preferencia por la depauperada clase obrera industrial tenía disculpa, carece hoy, en parte, de justificaciones «exclusivistas».

Hay que tener presente que no hay vida tan dura, azarosa y misérrima como la del labriego. Lo de menos son los rigores de las largas jornadas de trabajo, efectuadas muchas veces bajo las más extremas temperaturas—porque la fatiga puede ser alegre cuando el porvenir es claro y tranquilo—, pero nada superará la incertidumbre del labrador cuando la vejez se le aproxima, ante el nuevo hijo que espera o al enfrentarse con la enfermedad o al accidente que pueda quebrantarle y alejarle de sus cotidianas tareas.

Las causas del pasado olvido del campo son de un doble orden: políticas y administrativas.

Los viejos partidos obreros, si se cuidaron de los trabajadores asalariados electorales, fueron únicamente con miras a obreros sólo las airearon en sus programas para especular en propio provecho, llevando muchas veces a la paz inalcanzable de los campos, la siembra de odio, rencores y de luchas, que tantas víctimas y amarguras costó.

Como causas de orden administrativo, debemos señalar, entre otras, el deficiente funcionamiento de los Seguros por falta del instrumento útil que, llegando hasta los más apartados rincones, pudiera echar sobre sí la difícil tarea de recogerlos y encauzarlos, sin complicaciones ni trabas burocráticas.

COYUNTURA UNICA

En estos momentos, gracias a Dios, están las cosas a punto: en lo político, es la preocupación por el campo tan elevada y constante, que constituye ya, no sólo un deber ineludible de la Falange, sino un deber creándose instituciones que han de mejorar la vida del agro en un futuro próximo.

La Organización Sindical, con su Red de Organismos Locales, que llegan a todos los pueblos de España y en donde es-

tán encuadrados los productores, es el instrumento casi providencial para levantar el campo e instaurar en él los Seguros Sociales obligatorios, que aunque no son los únicos que hay que establecer, sí son los de más urgente extensión.

Las decididas orientaciones del Caudillo para mejorar el nivel de vida de los campesinos, pueden considerarse como clave de todas las esperanzas, fundadas en las magníficas oportunidades de esta hora.

EL INSTITUTO NACIONAL DE PREVISION Y SU LABOR EN EL CAMPO

Como organismo creado por el Estado de la realización de los Seguros Sociales en España, el Instituto Nacional de Previsión ha tenido que enfrentarse con el arduo trabajo de aplicarlos en el complicado sector agrícola. De los Seguros establecidos, quizás el que ha resultado

aproximación al campo con unos criterios de recaudación que han sido modificados por disposiciones posteriores, a las que antes, ocasionalmente, hubimos de aludir y por las cuales se ha establecido como base estimada para los cobros de cuotas la contribución territorial. Ello ha producido demoras naturales por la necesidad de estudiar sistemas de organización y administración distintos a los previstos.

SOLUCIONES URGENTES

Conviene, para que todos nos ayuden a proseguir la tarea sin desmayos, recordar algunas de las soluciones más directas y sencillas que el problema de los Seguros Sociales en el campo puede encontrar; soluciones que al alcance de la mano tenemos, pendientes únicamente de la oportunidad propicia para ser puestas en vigor. Merece la pena, por consiguiente, que repasemos brevemente algunas de las más conocidas:



SIMPLIFICACION BUROCRATICA

Principio clásico en materia de impuestos es que éstos han de percibirse con la menor incomodidad posible por parte del contribuyente. Por eso, una de las razones que aconsejan los impuestos indirectos sobre el consumo es que el consumidor los paga sin darse, a veces, cuenta de ello.

He aquí, pues, una de las razones de la falta de éxito relativo de los Seguros Sociales en el campo, y al propio tiempo también una de las causas por las que el patrono agrícola los mira con cierta antipatía: su complejidad administrativa.

Está en la entraña de la psicología del labrador su repugnancia a las contabilidades complicadas, precisamente por su falta de preparación para ello: impresos, estados, censos y declaraciones dan vueltas y vueltas entre sus manos como cajas de resorte a las que se busca la trampa.

Y, ciertamente, que la científica organización de los Seguros obligaba al campesino a coger la pluma con demasiada frecuencia, sin tener en cuenta que la perfección está reñida con la simplificación.

Déjense para las Empresas industriales, que ya llevan cuidadosamente su contabilidad, los impresos complicados y el control permanente de personal y salarios, buscando para el campo medios, si menos perfectos y científicos, más conformes con su modo de ser, que congracien su simpatía con la Previsión y les haga más llevadera la pesada carga fiscal de los Seguros.

Una inspección permanente y una comunicación constante de los órganos gestores con los interesados en el Seguro, puede sustituir en no pequeña medida la labor burocrática. Y aquí es donde la utilidad de la Organización Sindical, especialmente de sus células primarias: hermandades, gremios y cofradías, sería más patente. El control de sus componentes se logra por la inmediatez en que se hallan respecto a sus órganos directivos.

UNIFICACION DE CUOTAS

Si queremos, pues, que los Seguros Sociales en el campo sean un hecho, simplifiquemos las obligaciones que su régimen impone, y para ello tenemos un solo camino: unificar el cobro y pago de todos los Seguros y hacer que, tanto unos como otros, se verifiquen allí donde el obligado o beneficiario tiene su domicilio.

Los Estados totalitarios, que en su preocupación por los problemas de carácter social han comprendido estas exigencias, tras de implantar los regímenes legales de Seguros Sociales, por razones de orden político y económico, paulatinamente, afrontaron la segunda fase, es decir, la de la unificación del pago y del funcionamiento técnico.

Fue la postguerra la que abrió nuevos cauces a estos aspectos y fueron unos países los que adoptaron un sistema de coordinación frente a otros que optaron por el de asimilación y absorción absoluta. En los países democráticos la unificación administrativa ofrece dificultades de orden político, debido a la autonomía de las Instituciones del Seguro y a utilizarse éstas como palanca de los partidos políticos en juego.

Italia, al unificar los Seguros de Accidentes del Trabajo, Invalidez, Muerte, Tuberculosis, Paro involuntario, Nupcialidad y Natalidad, ha conseguido llegar a la meta, que la Declaración 26 de la Carta del Trabajo preveía bajo la férula del Instituto Nacional Fascista de Previsión Social; pocas son ya las modalidades de los Seguros Sociales que les resta por unificar.

Rumania, a través de su ley del Seguro Social Unico, puede considerarse como modelo, ya que, además, tuvo que montar un sistema completamente nuevo, debido a lo ultrafragmentario de su antigua organización.

Mientras en España no sea factible llegar a la unificación absoluta del régimen, coordinemos siquiera los Seguros Sociales; que las cargas para el obligado sean sólo de carácter económico; que no nos olvidemos que el obligado se rebela más ante las molestias cotidianas que ante la obligación de pagar, y unifiquemos también y coordinemos el pago de las prestaciones, acercando ambos a los interesados.

COLABORACION SINDICAL

Después de lo que se dejó apuntado anteriormente en orden a simplificaciones burocráticas y unificación de cuotas, no queda otro remedio—para que los Seguros Sociales en el campo tengan una acogida más cordial y presten el fin utilitario que con noble afán se persigue por los hombres de Gobierno—que acomodar la legislación actual de los diferentes regímenes para acoplarlo a la estructura y a la forma de ser y de vivir del campesino español, que siempre o casi siempre, ha quedado al margen de las leyes sociales hasta el advenimiento del nuevo Estado.

Por sentido político y por interés social, hay que encomendar a la Organización Sindical, por medio de sus Obras, la gestión en el campo de los Seguros y Subsidios, pues si ésta es una obra humana, entrañable, que implica condiciones de sacrificio y de servicio, nadie mejor que la Falange para realizarlo, puesto que el entramado de su organización abarca y se difunde por toda la población rural. El Instituto Nacional de Previsión, que ha realizado y realizará en el futuro una obra magnífica en todas las actividades sociales de tipo previsor, debe ser el más interesado en admitir y estimar una franca, sincera y amplia colaboración en este sentido.

Inversiones de fondos de los Seguros Sociales

Por C. GONZALEZ BUENO

LA inversión de los capitales de reserva de los Seguros Sociales responde a una doble finalidad: la social y la de productibilidad, que mira a su aspecto financiero.

La finalidad social de las inversiones se nutre de la naturaleza misma de los capitales que forman los fondos de reservas y nace en los mismos orígenes del Seguro Social. Así, la primitiva ley de Seguros Sociales de Alemania, sugería la idea de que las cotizaciones deducidas a los obreros por el Seguro le fueran restituidas en viviendas y obras de necesidad social.

El factor de productibilidad o financiero de toda inversión responde a la misma necesidad que sirven los Seguros Sociales, los que plantean un problema netamente financiero: es necesario la renta suficiente para satisfacer el pago de las pensiones, en los Seguros de régimen de capitalización.

Se muestran como requisitos ya clásicos a tener en cuenta en toda inversión los siguientes: seguridad de la inversión, utilidad económico-social de la misma, rentabilidad y fácil disponibilidad.

Seguridad en la inversión: es fundamental que la inversión no esté expuesta a factores o circunstancias que puedan lesionar su integridad, y esto tanto en las inversiones típicamente sociales como en las financieras, puesto que lo primero es la garantía de que la finalidad del Seguro ha de ser cumplida.

Rentabilidad: tiene a engañar el compromiso contraído y el fin del seguro, por ello puede estimarse como una condición de tanto rango como la seguridad de la inversión.

Desde el punto de vista teórico, cada pensión representa la rentabilidad de cierta porción de los capitales de reserva.

Disponibilidad de inversión: tiene una importancia secundaria, toda vez que sólo sirve de resguardo a unas circunstancias que difícilmente podrán presentarse en una organización acertada y previsora; a saber: la de no poder disponer en un momento dado de las sumas necesarias para cubrir las atenciones. Debe evitarse, sin embargo, en la colocación de reserva y en la disposición de las mismas, que su liquidación produzca trastornos en el mercado nacional, que a la postre irían también en detrimento de las propias reservas que se hacen efectivas.

Utilidad social de la inversión: la tendencia a invertir las disponibilidades del Seguro Social en obras de bienestar y mejoramiento para las clases necesitadas ha cobrado auge notable en los últimos años, contra el criterio de los que creen que los capitales del Seguro deben tener su mercado exclusivo en los valores del Estado o de Instituciones hipotecarias. En las épocas de crisis, pero forzoso, será muy de tener en cuenta la necesidad de hacer inversiones destinadas al crédito industrial con las debidas garantías, «ya que forzar los créditos a largos plazos a costa de los créditos de circulación provoca la posibilidad de anular una coyuntura desfavorable, y, por lo tanto, de dar trabajo a los obreros».

Pluralidad de inversiones: el requisito de que los fondos de reserva se in-

viertan en carteras diversas, tiende a cumplir una norma primaria en el organismo del Seguro, dirigido a conseguir la seguridad colectiva de las inversiones. La pluralidad de las colocaciones significa necesariamente un índice de fluctuación menor. La bancarrota que asoló el Seguro en Alemania, con motivo de la desvalorización del marco, se debió precisamente al incumplimiento de este requisito. Casi el noventa por ciento de las inversiones estaba representado por bonos y obligaciones.

Es indudable que si toda política económica de amplia visión ha de ser al mismo tiempo una política social, los capitales que integran las reservas del

Seguro Social pueden y deben ser un poderoso instrumento de su política económica, y consiguen, a través de ella, cooperar de modo eficiente en su emancipación; para que cobre realidad este objetivo es preciso que los órganos gestores de los Seguros Sociales se muevan dentro de las directrices del Gobierno con una amplia autonomía.

El órgano gestor de los Seguros Sociales, en el cumplimiento de su función, ofrece garantías de orden técnico, de orden administrativo y de orden financiero. Las de orden financiero están constituidas por la serie de normas que regulan el empleo y colocación de los fondos económicos pertenecientes a la colectividad de los asegurados.

deraciones múltiples, a veces oportunistas.

El Instituto realiza, en esencia, inversiones respondiendo a las dos finalidades antes citadas: financieras y sociales. Las primeras se han hecho buscando colocaciones tranquilas que aseguren, hasta donde sea posible, una renta moderada y sostenida; responden a este propósito los fondos públicos y otros valores garantizados por el Estado; las obligaciones de entidades de reconocida solvencia; los préstamos hipotecarios con garantía; la adquisición de edificios de renta, etc. Las inversiones de tipo social han determinado préstamos para fines de carácter cultural, como la construcción de escuelas; de carácter sanitario, como la construcción de hospitales y clínicas, abastecimientos de aguas, saneamientos, mataderos, cementerios, etcétera; de fomento de la vivienda, como la construcción de casas protegidas; de protección agraria, como los préstamos para adquisición de fincas rústicas con destino a los arrendatarios, para riegos, para montes, para cooperación, etc.; de mejora de la vida local, como para obras de alumbrado, de caminos, de puentes, de mercados, etcétera.

En inversiones de carácter social, el Instituto tenía pendientes, a fines de diciembre de 1941, las prestaciones que a continuación se indican:

INVERSIONES SOCIALES

	1930	1941
ESCUELAS	11.8	86.1
ABASTECIMIENTO DE AGUAS	25.3	48.9
HOSPITALES Y CLÍNICAS	2.3	4.7
CASAS BARATAS Y ECONÓMICAS	26.4	68.1
EDUCACIÓN ANORMAL	4	4
FINES CULTURALES	13.2	28.8
MONTES	3	6
ALUMBRADO	1	11
ALCANTARILLADO	5	26
CONSTRUCCIÓN DE FUNDOS PARA ALUMBRADO	4	7
MATERIAS Y COPIES VARIOS	22	15
ALUMBRADO	38	88
MONTES	84	87
MERCADOS	3	12
ABASTECIMIENTO	7	14
CONSTRUCCIÓN DE CASAS BARATAS	108	1
CONSTRUCCIÓN DE MERCADOS	76	7.6
ALUMBRADO	16.5	18.8
TOTAL	226.5	226.5

Seguro Social pueden y deben ser un poderoso y firme instrumento para su realización, y la palanca que supone la inversión, con mayor o menor acierto, de dichos capitales tiene, sin duda, una influencia constante y directa sobre los diversos aspectos de la economía, pudiendo desempeñar una valiosa y benéfica función reguladora sobre los fenómenos económicos; y si bien la amplitud e intensidad de esta función está necesariamente subordinada a la capacidad económica de cada país — ya que en los países supercapitalizados, de gran densidad de población y financieramente fuertes —, es indudable que su papel como factor regulador es pequeño, y, en cambio, en los países pobres, tanto de población como de capitales, pueden llegar a convertirse en

El Instituto Nacional de Previsión recauda cantidades que proceden de las cuotas que abonan los patronos, de las aportaciones de los asegurados y de las bonificaciones del Estado. De esas cantidades sólo le es dable disponer, para sus gastos de gestión, del montante de unos recargos, los taxativamente establecidos en cada uno de los Seguros. Con su importe ha de resolver, de modo eficiente, su vida administrativa, ajustándose a un presupuesto que anualmente aprueba su Consejo. El resto (la gran masa de recursos económicos) es preciso colocarla para que produzca el fruto necesario con que atender al pago de los Seguros en una inversión que trata de responder a variadas finalidades, y obedece a consi-

	PESETAS
Construcción de Escuelas.	35.115.836,68
Abastecimientos de aguas.	49.863.904,45
Construcción de Hospitales y Clínicas	4.755.869,82
Construcción de Casas Baratas y Económicas	68.177.151,52
Educación de anormales...	459.922,50
Para fines culturales	28.891.663,62
Montes	511.875,08
Alumbrado	1.192.746,16
Alcantarillado	2.607.750,00
Adquisición de fincas rurales para arrendatarios	755.325,00
Construcciones de carreteras y caminos vecinales.	1.877.082,88
Construcción de cementerios	60.043,18
Construcción de mataderos	76.817,02
Construcción de mercados.	1.226.924,46
Para obras de saneamiento	1.442.625,00
Construcción de cuarteles de la Guardia Civil	112.494,67
Anticipos a labradores modestos	18.850.037,68
Que hacen un total de	215.978.069,72

Sustituido sustancialmente el régimen de los Seguros Sociales de capitalización por el de reparto, el problema de las inversiones pierde importancia, ya que el volumen de los capitales a colocar no sólo no irá en aumento, sino que tenderá a disminuir, con lo cual la política de inversiones de los fondos de Seguros Sociales que puede desempeñar un papel, como dejamos expuesto anteriormente, tan importante en la emancipación económica de la Nación, y en el aminoramiento de los males provenientes de la crisis de trabajo, pierde importancia y con ello interés.

HACIA EL SEGURO DE ENFERMEDAD

Por ALFONSO DE LA FUENTE

CUALESQUIERA que sea el final de la contienda mundial, una idea flota en el ambiente infiltrando los espíritus y dando normas sociales a las nuevas generaciones, sin que influya para nada el sistema político-económico de las naciones de origen.

La idea de una cristianísima justicia social protegiendo a los económicamente débiles, como única posibilidad de fomentar un clima interior propicio a la unidad espiritual que evite los antagonismos económicos de donde surgieron, por falta de fe religiosa y de educación nacional en los Gobiernos, las doctrinas demoliberales, cuyo patrón fué el hombre individualista, desvinculado de la Historia y sin continuidad en el tiempo, cuyo libre albedrío habían de manejar caprichosamente las fuerzas de la Naturaleza al servicio absoluto de su vida instintiva, y los Estados totalitarios, en el que los hombres perdiendo su personalidad se hacen esclavos del Estado, cuyo poder suprahumano es capaz de resolver automáticamente los graves problemas de la convivencia social. Con este molde espiritual tan antagónico, surgen los Seguros sociales en el mundo. Los países demoliberales, con diversas fórmulas, ven en los Seguros sociales un nuevo motivo de especulación económica, en el que la libertad individual había de jugar con la salud y el porvenir de los pueblos, sometiendo al hombre enfermo al libre cambio de la bolsa comercial sanitaria.

Los Estados totalitarios, con un mejor criterio sanitario, oponen al principio puramente económico de los demoliberales un sentido político-científico con un perfecto montaje sanitario, rigidamente disciplinado al servicio de un fin político, pero con el tremendo error de creer que una maravillosa máquina sanitaria había de solventar los problemas de la patología humana, sin comprender que el hombre, portador de un alma, necesita vitalmente de un componente afectivo intenso, cuando en las naturales relaciones de dependencia hacia otro ser, se decide un problema tan trascendental como el de un posible tránsito a la vida eterna.

España, que en lo político vuelve a dar normas al mundo estableciendo un sistema de Gobierno fiel reflejo de su Estado-Iglesia medieval (del que son copias erróneas los modernísimos Estados totalitarios), va estableciendo sus Seguros sociales sin caer en el error de socializar los Servicios mediante la absoluta intervención estatal, pero con un decidido empeño de impedir que la económica especule con la salud humana, como mercancía de libre contratación.

Es necesario que nosotros seamos los primeramente convencidos de que no nos es necesaria la copia de imágenes extranjeras. Nuestro sentido católico de la existencia y el momento histórico que vivimos, escrito con la sangre de un millón de españoles, son materia prima inigualable para plasmar una organización donde se conju-



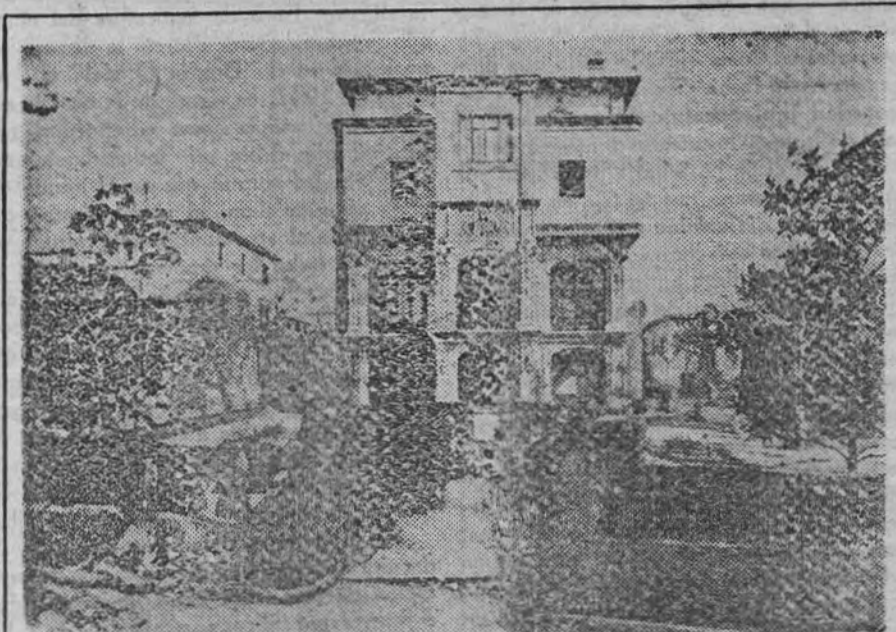
Quirófano de la Clínica del Trabajo, del Instituto Nacional de Previsión

guen las necesidades políticas y científicas con el estilo, profundamente humano, que ha de presidir todas nuestras actuaciones sociales.

En el sistema que propugnamos serán norma y fiscalía el Estado y sus organismos, como autoridad suprema en la totalidad de la vida española.

El componente afectivo, indispensable para el triunfo de la cien-

Una perfecta conjunción de los organismos estatales, rectores de la Sanidad, de los Colegios, actual remolco de los Sindicatos profesionales con las necesidades sentidas en el presente, engazarán en la perfecta unidad de la Sanidad falangista, donde lo vario y específico de los problemas sanitarios nacionales encontrarán el motor humano que actúa con el pensamiento en España, como símbolo de



El Seguro de Accidentes de Trabajo y el de Maternidad cuentan con Clínicas y Dispensarios modelo, como el que muestra la presente fotografía. El Seguro de Enfermedad incrementaría los Servicios Sanitarios en todo el territorio nacional, por medio de una amplia red de Dispensarios, Hospitales y Preventorios

cta sobre el hombre que sufre, será tributado por el personal médico y auxiliar de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S.; de esta Falange, guardia permanente de los valores eternos de la Patria, por la que el pueblo, disciplinado, unido y en orden asciende al Estado, y por la que éste infunde al pueblo las virtudes de Servicio, Hermandad y Jararquía.

justicia, y en el hombre como finalidad de su servicio profesional.

El Seguro de Enfermedad llevará a todos los productores españoles, económicamente débiles, la seguridad de su amparo en el infortunio.

El Seguro de Enfermedad redimirá al productor de la angustia espiritual, ante la impotencia para evitar la miseria familiar, cuando

la gama de los síndromes patológicos impida el ejercicio de su profesión.

Le hará sentir el inmenso orgullo de ver la continuidad económica de la vida familiar, en la convalecencia de su enfermedad y ser él, por el acumulo de intereses en una vida de trabajo, quien aporte, mediante un subsidio ganado, la economía indispensable para tal continuidad.

El Seguro de Enfermedad cumple tres finalidades primordiales: sanitaria, económica y política.

Sanitariamente cumple dos cometidos: cubrir el riesgo físico (enfermedad) mediante una perfecta asistencia, científicamente instituida, y disminuir la morbilidad nacional, coordinando la medicina preventiva con la medicina social, y dictando normas profilácticas aplicables tanto para el hombre como para el médico ambiental (centros de trabajo), donde aquel realiza su profesión.

Económicamente, cubre el riesgo a la familia, expuesta a la miseria durante los días de paro forzoso e incrementa la Hacienda patria ingresando en el acervo común millones de pesetas, estúpidamente perdidas en la espera y fracaso de una terapia tarda e incompleta.

Políticamente, el Seguro de Enfermedad forzará a que el Estado dicte, con carácter obligatorio, un conjunto de normas sanitarias que regulen la reglamentación del trabajo, desde que se inician los primeros balbuceos como aprendiz, hasta que el peso de los años nos lleva al retiro descansado, como premio obligado a una ininterrumpida y cotidiana labor.

Añadamos el complemento espiritual de vivir en una sociedad, cuyas necesidades más vitales han sido cubiertas para los económicamente débiles, mediante el esfuerzo común canalizado por el Estado, quien se ha dado perfecta cuenta de que con ello no hace regalo alguno, sino que simplemente revierte a su propietario una parte de los incalculables beneficios que obtuvo en interminables jornadas de trabajo, que agostaron nuestras mejores horas juveniles y nuestras más caras ilusiones.

Ante la magnitud de la empresa a realizar, tenemos la obligación de unirnos todos los médicos en la disciplina nacionalsindicalista para dar vida, con la máxima rapidez, al punto X del Fuero del Trabajo, cuya letra, impregnada del espíritu cristiano de nuestro Caudillo y en la justicia social de la Falange, afirma la incrementación de los Seguros sociales, hasta lograr para el productor español un régimen de vida en armonía con el rango imperial de nuestro destino.

En esta misión será vanguardia y norma la Falange, pero abre ampliamente los brazos a todos los sanitarios de España, y especialmente para aquellos que, llenos de buena fe y con los errores propios del régimen en que nacieron, habían intentado la solución de este lamentable abandono, y que hoy sentirán las caricias de esta primavera azul, que trae con la victoria la más bella justicia social.

SI

REDACCION
ADMINISTRACION
Y TALLERES DE
"ARRIBA"

LARRA, 8
Teléfono 32610

Las enfermedades profesionales

Por el DR. JOSE MARIA S. BORDONA

EL trabajo, derecho y deber del hombre, es un factor de enfermedad, ya que, además de la pernicioso influencia que tiene sobre ciertas taras o predisposiciones individuales, ocasiona, como único responsable y de una manera fatal, los accidentes del mismo y las llamadas enfermedades profesionales. Son éstas procesos patológicos múltiples y variados, que aparte de sus características médicas y jurídicas, tienen como factor dominante el de su etiología. Todas las enfermedades profesionales son producidas de una manera única y directa por causas o agentes emanados del mismo trabajo, bien por las sustancias generalmente tóxicas que durante él se manejan o del ambiente nocivo en que se realiza.

El conocimiento, estudio y reparación de las enfermedades profesionales ha sido posterior al de los accidentes, y en ello ha influido tanto el carácter menos espectacular de estos riesgos como la incubación más larga, que es una de sus características.

Esta menor difusión de las enfermedades profesionales entre los productores, a ellas expuestos y las Empresas industriales en las que se producen no fué obstáculo para que los médicos las conocieran desde muy antiguo, como se comprueba leyendo los siempre interesantes escritos de épocas pretéritas, entre las cuales puede seguirse la evolución histórica del pensamiento médico; pero, a pesar de ello, el problema social de las mismas puede decirse que no se planteó de manera aguda hasta hace poco tiempo:

La menor frecuencia de estos procesos en relación con los accidentes del trabajo queda compensada en lo que se refiere al interés que los mismos tienen, en que en la mayoría de los casos las enfermedades profesionales radican en órganos y sistemas de importancia vital, con características de permanencia y gravedad, y son causa de muerte o invalidez al transformar a los obreros fuertes y vigorosos en organismos enfermos, de manera crónica e incurable, con pérdida de la capacidad de ganancia, de mano de obra y con repercusiones sensibles económicas y biológicas en el ambiente familiar y demográfico.

La justicia y necesidad de su reparación no fué discutida por nadie, pero por múltiples factores que no son del caso detallar, hasta el año 1925 no se redactó por la Comisión Internacional del Trabajo el Convenio referente a esta reparación, que entró en vigor el 1.º de abril de 1927, y al cual prestó su ratificación España el año 1932, admitiendo como indemnizables las intoxicaciones por el plomo, el mercurio, el fósforo, el arsénico y el benceno; las lesiones ulcerativas del cromo y la carbuncosis, incluyéndose esta reparación en la ley y Reglamento de los Accidentes del Trabajo.

Es de interés señalar que, faltos hasta entonces de legislación especial sobre enfermedades profesionales, nuestras leyes, con amplitud de miras, permitían incluir en sus beneficios ciertos casos de enfermedades profesionales, y en la jurisprudencia española existen sentencias del Tribunal Supremo que así lo venían haciendo, pero los casos indemnizados eran escasísimos en relación con los que realmente existían.

Como consecuencia directa del trabajo, las enfermedades profesionales son bastante numerosas, tanto por los factores nocivos que las producen como por las variadas localizaciones que en el organismo humano pueden tener las lesiones, y al número de las hoy conocidas habrá que agre-

gar en el porvenir otras nuevas, ya que las modificaciones de las técnicas industriales son casi constantes en su perfeccionamiento, utilizándose materias primas y nuevos métodos de trabajo. Además, las industrias modernas utilizan, cada vez más, productos descubiertos por la química orgánica, sin previo estudio de su acción fisiopatológica, y ya se conocen algunos casos de intoxicación provocados por reacciones insospechadas, que no tienen relación con las operaciones industriales; por lo cual, sólo después de una práctica más o menos larga, dependiente de una peor o mejor asistencia a los obreros, será posible conocer de manera cierta la acción tóxica de algunos productos que hasta hoy han sido considerados como inofensivos o poco tóxicos. Compensa este cuadro poco optimista sobre el riesgo a que se encuentran sometidos los obreros en las industrias modernas, el saber que la Medicina del Trabajo y las leyes sociales que reparan este riesgo permiten disminuirlo en gran escala, tanto con las medidas higiénicas y terapéuticas como empleando medios preventivos.

Así ha sucedido con el hidrargirismo o intoxicación mercurial, conocida desde antiguo en nuestro país, donde existen las minas de Almadén, de excepcional riqueza y, por ello, de excepcional riesgo. En las industrias del plomo y sus derivados la utilización de productos menos nocivos para el organismo y las adecuadas medidas higiénicas—unido a un mejor conocimiento de la afección y, por tanto, a su pronto diagnóstico—, han permitido una notable reducción en el número y gravedad de estas intoxicaciones. Como ejemplo de lo que puede hacer una lucha científica contra la enfermedad profesional, debe ser citado el caso de la anquilostomiasis o anemia de los mineros, afección parasitaria provocada por un pequeño gusano que se fija en el intestino delgado del hombre y ocasiona un cuadro patológico caracterizado por marcada anemia, que llega a provocar una desnutrición acentuadísima del obrero enfermo y un cuadro de disnea, con lesiones cardíacas. Este parásito es propagado por las heces de los obreros afectados, y ha bastado una disposición obligatoria sobre el reconocimiento de los portadores de parásitos, para someterlos al adecuado tratamiento, y medidas obligatorias sobre los retretes utilizados y la limpieza de la mina, para que los ya afectados no contagiaran a los demás y se obtuviera prácticamente, y al menos en lo que se refiere a las industrias mineras, la desaparición de una enfermedad que antes era abundantísima en las minas de carbón.

Las neumoconiosis o enfermedades producidas por la inhalación de polvo es otro grupo de enfermedades profesionales que merecen ser destacadas tanto por su frecuencia como por su gravedad. Entre ellas figura la silicosis, afección causada por la inhalación de pequeñas partículas de polvo silíceo, y a la cual se encuentran expuestos los mineros cuyo trabajo se reali-

za sobre los terrenos en que abunda la sílice (minas de plomo, oro y carbón), las industrias del vidrio y la cerámica y también, aunque en menor escala, los que trabajan la piedra (canteros y marmolistas); es decir, una parte importante de la población obrera española, ya que las industrias anteriormente indicadas son de cierto volumen en nuestro país.

Esta afección, cuyo estudio y conocimiento clínico son relativamente recientes, por su extensión en algunas zonas mineras y por la gravedad de las lesiones pulmonares que ocasionan, han venido constituyendo, desde el año 1935, un verdadero problema social, ya que, al quedar excluidas de la lista de enfermedades profesionales del primer convenio de la Conferencia Internacional del Trabajo y representar su reparación, por el gran número de casos descubiertos al iniciar su estudio, un coste de capitales elevado, se negaron las entidades aseguradoras a hacerse cargo del siniestro, dejando fuera de las pólizas el riesgo de silicosis, con lo cual se dió lugar a una acumulación de numerosos casos que, mientras pudieron, siguieron, como único medio de vida, ejerciendo un trabajo que agravaba su dolencia y en ocasiones fué causa de muerte.

En el año 1941 el ministerio de Trabajo, a través de la Dirección General de Previsión, dispuso la formación de una ponencia en el Instituto Nacional de Previsión para el estudio y propuesta de un proyecto de ley que resolviera el problema de la silicosis. El 3 de septiembre del mismo año se promulgó por decreto la disposición, aparecida en el "Boletín Oficial" el 7 de enero de 1942, en virtud de la cual la silicosis se reconocía como enfermedad profesional que debía ser indemnizada con arreglo a las normas que en el mismo decreto se detallaban, al mismo tiempo que se disponía el apartamiento del trabajo peligroso a todos los productores afectados de esta enfermedad en mayor o menor grado o con el riesgo de contraerla, por las condiciones especiales de predisposición que pudieran concurrir. Un decreto anterior obliga a un reconocimiento previo para todos los que vayan a trabajar en una industria de las incluidas en el riesgo de silicosis y a reconocer periódicamente a los que se encuentren ya trabajando en ellas.

En las normas transitorias del indicado decreto se aborda el problema de la reparación de numerosos casos de incapacidad o muerte por silicosis, que habiendo fallecido o abandonado el trabajo antes del año 1941, constituía uno de los problemas más urgentes, ya que por no existir patrono responsable, los obreros inválidos o los derechos habientes de los fallecidos se encontraban en la más desoladora situación. Con carácter urgente se ha encontrado una fórmula que ha permitido que desde el 1.º de junio del corriente año estén percibiendo, por intermedio de la Caja Nacional de Seguro de Accidentes, los obreros incapaci-

citados y las familias de los fallecidos pensiones equivalentes a las que nuestra ley tiene asignadas a las víctimas de accidentes del trabajo, en las mismas circunstancias que en ellas concurren. Queda por resolver en este problema de la silicosis el apartamiento del trabajo a todos los obreros atacados de la enfermedad, que forzosamente tendrá que realizarse de una manera progresiva, pues la mayoría son obreros especializados en determinados trabajos, y no sería posible, sin un detrimento de la producción, el separarlos a todos. Para el porvenir dejará la silicosis de ser causa de tantas invalideces o muertes. En el momento actual, y realizado por completo el estudio de la zona minera de Linares y La Carolina, el 25 por 100 del número de obreros está atacado por silicosis. Con la aplicación de esta reciente disposición, en cuanto un productor se encuentre en peligro de contraer la enfermedad de manera que ponga en peligro su vida o su capacidad de trabajo, será automáticamente apartado del trabajo peligroso y, además, y como consecuencia de la reparación, todas las medidas preventivas serán tomadas de manera enérgica y efectiva, lo que nunca ocurre hasta que existe una responsabilidad económica y el obrero conoce y valora el riesgo a que está expuesto.

Todos los sistemas que se han empleado para reparar las enfermedades profesionales pueden resumirse en tres:

1.º Admitir que todas las enfermedades que sufren los obreros son de origen profesional y prestarles asistencia sin distinción, dentro del seguro de enfermedad e invalidez.

2.º Admitir que las enfermedades profesionales son un riesgo análogo al de los accidentes de trabajo y repararlos con arreglo a los principios generales de la legislación sobre esta materia.

3.º Admitir que se trata de un riesgo funcional "suí generis" y repararlo por una legislación especial.

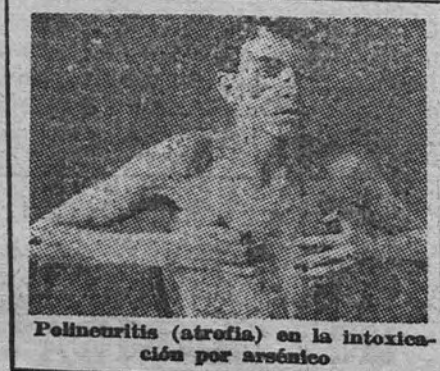
El primer sistema tiene la enorme ventaja de que suprime todas las reclamaciones y litigios y, además, es el más complejo en su aspecto social, pero es caro e injusto, ya que impone a todos los patronos una carga desproporcionada al riesgo que tiene su industria.

El segundo sistema, que es el que ha venido funcionando en España, y de hecho todavía existe para otras enfermedades profesionales, tiene el inconveniente de que quedan sin indemnizar gran número de enfermedades profesionales y no son declaradas por desconocimiento del obrero o del médico, y obliga, además, a un litigio para que se determine el carácter profesional de la enfermedad.

El tercer sistema es, a nuestro juicio, el más justo y perfecto, ya que con él se cargan las indemnizaciones a la industria peligrosa y, además, se tienen en cuenta ciertas características de tipo médico que diferencia a la enfermedad del accidente y permiten en cada grupo de enfermedad incluir todas las circunstancias que en ellas deben ser tenidas en cuenta. Este criterio parece ser que es compartido por los elementos estatales a quienes compete dirigir, orientar y disponer los seguros sociales; y prueba de ello es la reciente disposición sobre la silicosis, que anteriormente hemos comentado, y que debe ser, y seguramente será, un paso más en el largo camino que hay que recorrer para que España pueda tener unos seguros sociales tan perfectos y completos como el Fuero del Trabajo de termino y nuestro Caudillo quiere.



Neumoconiosis de la porcelana (imagen de mariposa)



Pollineuritis (atrofia) en la intoxicación por arsénico

La asistencia sanitaria a la madre y al niño

(Viene de las páginas centrales)

nitarios del Seguro que organice el Instituto Nacional de Previsión. La mencionada Caja prepara la rápida implantación de cien Maternidades y trescientos Dispensarios de Puericultura y Maternología repartidos por toda la Nación para la asistencia de esa ingente masa de madres y niños españoles.

EFICACES MEDIDAS DEMOGRAFICAS

Las innumerables medidas de estímulo demográfico establecidas en España:

Creación de Auxilio Social,
Fiscalía de la Vivienda,
Patronato Nacional Antituberculoso,
Subsidio Familiar,
Premios a la Natalidad,
Protección a familias numerosas,



Préstamos a la Nupcialidad, Ley ampliatoria del Seguro de Maternidad,

fuera bastante para demostrar la preocupación demográfica de la España Nacional sindicalista. Mas no queremos silenciar la tarea que F. E. T. y de las J. O. N. S. realiza a través de la Sección Femenina (divulgadoras rurales, campaña de propaganda, etc.); de la colosal empresa Obra Sindical «18 de Julio» para la adecuada asistencia médica de las masas de productores; — singular tarea del Frente de Juventudes.

Recordemos también que otras instituciones, como Protección de Menores, y especialmente el Estado, han intensificado de modo notable sus obras de Sanidad Infantil y Maternal, y hoy cuenta con 400 médicos puericultores del Estado, 200 médicos maternólogos, 250 enfermeras puericultoras y visitadoras, que sirven en 160 Dispensarios Maternidades Rurales, Institutos y Escuelas de Puericultura. La Dirección General de Sanidad, regida con acierto durante años por el profesor Palanca, que inspiró la

LEY DE SANIDAD INFANTIL Y MATERNAL DE 1941

cuyas características son:

- 1.ª Estrechar la conexión entre las instituciones del Estado y F. E. T. y de las J. O. N. S.
- 2.ª Coordinar los Servicios de Higiene y Medicina Infantil mediante el Protectorado Sanitario.
- 3.ª Extender al campo la Sanidad Infantil, por requerirlo así los 19 millones de habitantes de la agricultura.

Cuando, en breve las mejoras en la asistencia maternal e infantil aquí esbozadas, y en España puestas en marcha gracias al impulso creador de Franco, rindan su fruto, se habrán cumplido aquellas esperanzadoras palabras del Caudillo del día 1.º del Año de la Victoria:

«... Prometo a los españoles la paz, la Sanidad, la satisfacción del trabajo, la cultura, la seguridad de la vida familiar.»

Dr. Juan BOSCH MARIN

INFLUENCIA NEFASTA DEL URBANISMO Y TRABAJO FEMENINO

	Obreras	Sus labores	Campe-sinas
Cociente de fecundidad.....	2.7	3.4	4
De 100 mujeres abortan.....	24.1	24.6	19.6
Número de abortos cada 100 embarazos.....	15.2	11.8	6.5
de embarazos por cada aborto.....	6.5	8.4	15.1
nacidos vivos cada 100 embarazos.....	84.8	88.1	93.4
nacidos vivos por cada madre.....	2.3	3.0	3.7
Mortalidad de 0 a 12 años % nacidos vivos.....	21.2	20.4	15.4

Datos de Italia según Altaria.

TRABAJO Y LACTANCIA

M U J E R E S	Obreras	Esposas obreros	Campe-sinas pobres
Lactancia materna al menos 6 meses.....	54.9	68.8	80.3
mixta.....	8.1	5.3	9.4
materna en total.....	63.8	74.1	89.7
artificial.....	12.9	15.7	6.8
Mercenaria a distancia.....	21.7	9.8	1.7
Lactancia no materna.....	34.6	25.2	8.5
Mortalidad por 1.000.....	212	204	154

PESO MEDIO DEL RECIEN NACIDO EN CLASES POBRES (Vicarelli)

TRABAJO DURANTE EMBARAZO	REPOSO EN CLINICA DE 0 a 20 DIAS ANTES PARTO		REPOSO EN CLINICA DE 21 a 50 DIAS ANTES PARTO	
	Primipara	Multipara	Primipara	Multipara
	Gramos Niño	Gramos Niño	Gramos Niño	Gramos Niño
Sus labores.....	2.915	3.138	3.010	3.262
Domésticas.....	2.956	3.112	3.022	3.154
Campe-sinas.....	3.002	3.169	3.073	3.238
Cigarreras.....	2.945	3.151	2.950	3.730
Industrias químicas.....	2.830	2.870	3.007	3.150
Papeleras e imprenta.....	2.780	2.910	3.100	3.144
Textil.....	2.867	3.058	3.062	3.097
Industrias alimenticias.....	2.810	3.090	3.010	3.270
Promedio total.....	2.933	3.113	3.046	3.189



POLITICA DEMOGRAFICA

(Viene de segunda página)

so sanitario y el mejor cuidado médico se extiende al ambiente rural, las diferencias permanecerán más fijas, con gran ventaja para el segundo. Es notorio, por consiguiente, que la preocupación mayor para nosotros ha de consistir en que la Sanidad rural adquiera en España el rango que merece, máxime si se tiene en cuenta la distribución eminentemente rural de la población española. Una red de Centros de Higiene Rural deberá coordinar todo el cuidado sanitario en el campo. El paso de los titulares al Estado, la gran obra de Franco que todo médico ha de llevar presente en su corazón, ha sido un gran paso a la elevación moral de los sanitarios rurales, que tendrá una gran repercusión en la organización futura.

A la mortalidad urbana contribuye de manera indudable la vivienda estrecha y hacinada, falta de condiciones higiénicas. El Caudillo, afortunadamente, nos mostró siempre su preocupación por la política de la vivienda, que hoy va cristallizando en realidades tangibles.

Al hablar de política sanitaria en términos generales conviene tener presente el gran coste que el desenvolvimiento de ella implica y la necesidad de un soporte económico fuerte; pero tampoco conviene olvidar que multitud de estudios estadísticos han demostrado que el gasto sanitario es un gasto reproductivo. Naturalmente que nosotros no podemos admitir como razonamiento de la justificación de una política sanitaria la pura consideración del valor económico humano; pero se debe conocer que aquí el interés económico coincide con el moral y el político. Pero el gasto sanitario no puede cargar totalmente sobre el presupuesto de la Nación, a pesar de la generosidad que el Caudillo ha mostrado en este sentido. El establecimiento del Seguro de Enfermedad en la forma que aconseja la experiencia de lo sucedido en otros países permitirá un notable mejoramiento de las instalaciones de medicina asistencial y la colaboración y ayuda grande a la medicina preventiva y a la política sanitaria general. En este aspecto, como en tantos otros, la política de Previsión coincide y ayuda a los intereses del sanitario, y, en consecuencia, es uno de los fuertes pilares de la política demográfica. El Seguro de Silicosis, que ya constituye una realidad, es una de las pruebas de ello.

Concluyendo, queremos afirmar una vez más que la política demográfica es-

pañola es en su parte fundamental—si se recupera la natalidad existente antes de la guerra—política sanitaria, y que la gran obra de Previsión española puede coadyuvar de manera fundamental a favorecer los dos fenómenos que condicionan nuestra masa de población y han de determinar su crecimiento: aumentar la natalidad y disminuir la mortalidad.

Dr. Primitivo DE LA QUINTANA

Realización del seguro social en España

(Viene de la página 8.)

de una magnífica red de Centros de Maternología y Puericultura.

A la etapa histórica a que aludimos al comienzo ha sucedido otra etapa, espléndida de realidades innegables. De aquélla debemos recoger muchas enseñanzas en los treinta años de su vida, y una de ellas, interesantísima además, es la de fomentar e impulsar el espíritu de previsión, no ya al amparo de Seguro legal obligatorio, sino como estímulo libremente sentido, encauzado en los llamados Seguros libres del Instituto Nacional de Previsión, motivo o fundamento, como hemos visto, de su constitución, y que en regiones tan prósperas como Cataluña y las Vascongadas han adquirido una gran importancia, especialmente en la rama de Dotes infantiles, tan íntimamente ligadas por la magnífica obra de las Mutualidades escolares.

Las consignas del Fuero del Trabajo van adquiriendo rápidamente vida real. Con la unificación de los Seguros Sociales—una vez implantado el de Enfermedad—, a la que se llegará utilizando la base extensa y penetrante de la Organización Sindical, vehículo único e insustituible para que los beneficios lleguen a los últimos rincones de la Nación, vendrá a culminar la obra de Previsión Social de la España de Franco.

Pablo MARTINEZ ALMEIDA



REDACCION
ADMINISTRACION
Y TALLERES DE
"ARRIBA"

Larra, 8 - Teléfono 32610

EL SEGURO DE ACCIDENTES DEL TRABAJO

Por ISAAC GALCERAN VALDES

(Director de la Caja Nacional de Seguro de Accidentes del Trabajo)

ENTRE los seguros sociales que la legislación protectora del trabajo regula, se destaca por su gran zona de influencia, y, por tanto, por su trascendencia social, el Seguro de Accidentes del Trabajo, y nuestro Estado nacionalsindicalista, que tan sabiamente ejerce su función de tutela sobre los económicamente débiles, para que resplandezca siempre la justicia, ha prestado la mayor atención a la elevada finalidad del referido Seguro, extendiendo notablemente su esfera de acción e introduciendo en los preceptos legales correspondientes al mismo, importantes innovaciones.

Por estimarlo de interés para apreciar el ritmo de la nueva España en este aspecto, hacemos una sucinta exposición de la concepción doctrinal y evolución legislativa de este Seguro, uno de los canales por los que el Poder público fecunda los campos de la justicia social, reseñando sus más salientes progresos desde la liberación redentora, por los que se verá cómo, consciente de la importancia que reviste el problema, va legislando el Departamento correspondiente bajo la dirección e inspiraciones del excelentísimo señor ministro de Trabajo para incrementar dicha Institución y dar así cumplimiento a lo que dispone la Declaración X del Fuero del Trabajo, esa Carta magna que contiene la doctrina social del Movimiento salvador de nuestra Patria.

Forma parte el Seguro de Accidentes del Trabajo de nuestro Derecho Social, entendiéndolo en sentido estricto la legislación así llamada como la expresión de una política con la que se aspira a instaurar la justicia social en el mundo del trabajo, endurecido por el antiguo derecho individualista, y, por tanto, el conjunto de normas con que el Estado regula las relaciones de aquél, ordenándolas en una sociedad cristianamente organizada. Sabido es que a suprimir el coeficiente de dolor que pesa sobre los hombres aspiran las denominadas leyes sociales, en las que vive el alma misma de la Previsión Social. Conocida es también, dentro de ésta, la acertada reorganización que el nuevo Estado dió al Instituto Nacional de Previsión, y lo son igualmente sus pasos de avance en la austera y patriótica labor que bajo las consignas del Caudillo realiza.

Doctrinalmente considerado, el Seguro de Accidentes del Trabajo se conforma de modo perfecto con la ideología cristiana en materia social, según la cual la misión del Estado es procurar el bien común y, por tanto, tutelar y defender los derechos de los más necesitados, garantizando así la tranquilidad pública y contribuyendo al bienestar de los que laboran por la familia, por la sociedad y por la Patria. De acuerdo con esa doctrina, las fórmulas jurídicas con las que se va regulando dicha Institución, representan el reconocimiento de la función que en la vida económica deben tener las ideas morales, el sentimiento de una destacada solicitud por los intereses de los que viven del trabajo y la intervención del Poder público en ese orden de relaciones que el individualismo juzgaba como depósito intangible de las iniciativas particulares. Sólo esta ideología, inculcada en los espíritus, es la que puede dar calor y vida fecunda a toda una organización como la de los Seguros Sociales. Por ello, el seguro de los accidentes a que se halla constantemente expuesto el trabajador—sobre todo al utilizar los poderosos auxiliares que prestan a la producción los adelantos mecánicos—responde al alto concepto cristiano del trabajo; deber individual y deber social, verdadero sentido de la vida; y es fruto de esa virtud, llamada con

tanta propiedad justicia social, que regula todos los deberes que miran al bien común, que es el supremo principio de organización de la economía y que tiende a garantizar el derecho a la vida de las grandes masas de trabajadores y con él la estabilidad social. Es dicho Seguro un beneficio para todos; una necesidad y una protección para muchos. Su organización jurídica se debe al predominio creciente del principio social de la justicia, y su preparación no puede dejarse a la libertad y arbitrio individuales. No es necesario advertir, para fundamentarle, el carácter social de los riesgos asegurables y propios del mismo, pues son éstos, hechos inherentes a toda explotación industrial, fenómenos que privan al productor de la capacidad para trabajar, y que al ser causa de pérdida económica, repercuten necesariamente en la sociedad. Por ello, esos peligros que amenazan de continuo la actividad laboral, y, por lo tanto, el salario, los prevé la ley reparando sus consecuencias por medio de un seguro constitutivo de una pensión.

Las diferencias entre el Seguro Social de Accidentes del Trabajo y el que practican las compañías aseguradoras son las mismas que existen entre todo seguro social y el seguro mercantil, si bien coinciden en que ambos deben tener en cuenta el cálculo de probabilidades, han de utilizar las tarifas impuestas por el Estado y se pactan por imperativo de la ley. Todo seguro social es generalmente obligatorio, pues las leyes sociales dan un carácter coactivo a algo antes abandonado a la libertad contractual. Esta obligatoriedad tiene ventajas de orden moral y de índole económica. Entre las primeras están la de que presta estímulo al trabajo, que es ley moral, y la de que contribuye a lograr que sea una realidad el principio de hermandad entre los hombres, que es principio básico de la política social de la Falange. Entre las segundas figura la reducción del coste, por operar sobre grandes masas y por disminución de los gastos de gestión. En lo que concretamente al Seguro de Accidentes del Trabajo se refiere, tiene el sistema de su obligatoriedad la gran ventaja de hacer innecesario el requisito de la permanencia del productor al servicio de un mismo empresario, pues a lo que está obligado éste es a asegurar el riesgo, y la indemnización, cualquiera que sea su cuantía, la realiza el Seguro; es decir, que no se asegura el daño causado, sino que el asegurado es el empresario, y el riesgo que se asegura es la responsabilidad patronal en orden a la eficacia de la reparación. El seguro social es, por tanto, institución de Derecho público; el mercantil es privado y libre. Estos últimos, y por ello los concertados con entidades privadas, están caracterizados por la especulación, entendiéndose por ésta aquella combinación intelectual propia de los actos mercantiles dirigida a vencer los obstáculos del azar, compañero inseparable del afán de la ganancia, y a alcanzar un beneficio. La ausencia de todo lucro es circunstancia característica del seguro social, que se funda en el principio de la solidaridad humana. Ya que no pueden suprimirse las causas que constituyen los riesgos comunes a la humanidad, ni pueden las disposiciones preventivas sobre higiene y seguridad impedir por completo las consecuencias producidas por los accidentes, el seguro obligatorio, acentuando su contenido y organización sociales, es la mejor protección contra los peligros que amenazan al productor en su vida de trabajo.

El Seguro de Accidentes del Trabajo tiene en España su primer antecedente legislativo en la ley de 30 de enero de 1900, que, inspirándose en el criterio de que aquéllos pueden ser consecuencia de toda explotación, parte del principio, que corrige las insuficientes disposiciones del derecho común, de que la reparación de los daños por los mismos causados constituye uno de los gastos de producción a cargo del empresario. Se aplica en esa ley, en pugna con el criterio clásico,

la teoría ya elaborada del riesgo profesional, que no admite limitación en la consideración del daño y que es base de la moderna legislación. El perjuicio sufrido por el productor es indemnizable, aunque se produzca sin culpa alguna del obligado a repararlo. Todo riesgo, por tanto, en función de trabajo se halla amparado por el principio básico de aquella doctrina. Marcó esa ley un verdadero progreso al concebir, en su artículo primero, como accidente, «toda lesión corporal que el operario sufra con ocasión o por consecuencia del trabajo que ejecute por cuenta ajena». En los mismos términos define el accidente la legislación en vigor, y en la amplitud de conceptos de esa definición están comprendidas las varias clases de siniestros que basta se deriven del trabajo como causa única u ocasional.

La ley de 10 enero de 1922 reformó la de 1900 en el sentido de proclamar la no exención de responsabilidad por la llamada imprudencia profesional, y en el de establecer reglas más precisas sobre el seguro que la en ella consignada, fomentando éste, además, en forma de mutualidades patronales.

Con arreglo a las leyes citadas, el sistema de indemnización era el pago en capital. La Conferencia Internacional del Trabajo, celebrada en Ginebra en el año de 1925, aprobó un proyecto de Convenio que fué ratificado por el Gobierno español en 1928, en virtud del cual la indemnización había de abonarse en forma de renta.

El establecimiento del sistema de pensiones, impuesto por la ley de 8 de octubre de 1932, y basado en la obligatoriedad del seguro que dicha ley establece, requirió la necesidad de crear una institución ajena a toda idea de lucro, que ofreciera las máximas garantías, a la que el Estado confiara la inversión de los capitales constitutivos de dichas rentas y el pago de las mismas. Este sistema de seguro obligatorio contra los riesgos de incapacidad permanente o muerte en accidente de trabajo, exigía asimismo la existencia de una entidad de carácter nacional que asegurara a los productores al servicio del Estado y demás Administraciones públicas y a los de sus concesionarios y contratistas, y en la que todos los empresarios pudieran también realizar el seguro, con la obligación, por parte de ella, de aceptar los riesgos, cualquiera que fuese su clase y la cuantía de los salarios, rechazados por las Compañías mercantiles a la obtención de beneficios, ya que se organizó sobre la base de una libre elección de contratación, que solamente se limitaba en lo que a los dependientes directos o indirectos del Estado, la Provincia y el Municipio se refiere. A esta necesidad respondió la Caja Nacional de Seguro de Accidentes del Trabajo, fundada en virtud de lo dispuesto por el artículo 45 de la ley de referencia y el 140 de su Reglamento, a la que por Orden ministerial de 16 de febrero de 1940 se autoriza, además, para ejercer facultativamente el Seguro de incapacidad temporal.

Por el Decreto de 30 de abril de 1934, inspirado en prejuicios de tendencia liberal, se modificó el artículo 91 del Reglamento citado, en el que se reservaba a la Caja Nacional las operaciones conducentes a asegurar los riesgos de los productores al servicio de contratistas y concesionarios de obras, monopolios y servicios públicos, dando tal amplitud a la libertad de contratación, que privaba al Estado de la posibilidad de velar de modo directo mediante la intervención que tiene en aquella entidad, por la justa y humana aplicación de la ley en lo concerniente a productores indirectamente ligados a él. Puso fin a esta anómala situación el Decreto de 18 de junio del corriente año, por el que el nuevo Estado, imponiendo una vez más su doctrina de protección ejemplar a los que de él dependen y su decisión de velar por los derechos que la legislación les concede, recaba para su organismo asegurador el amparo de los riesgos derivados de los accidentes de trabajo de que

puedan ser víctimas. La Orden ministerial de 30 de septiembre último dictando normas para la aplicación de este decreto impone además la obligación a la Comunidad Sindical de contratar el seguro contra los riesgos de incapacidad permanente o muerte de sus productores con la Caja Nacional, y de encargar la asistencia sanitaria del Seguro de incapacidad temporal a la Obra «18 de Julio», refrendando así el concierto que ambas instituciones establecieron en el mes de marzo del corriente año, mediante el cual ésta se hizo cargo de dicha asistencia a los productores de empresarios asegurados a todo riesgo en aquélla.

Por disposición del mismo rango de 1 de marzo de 1941 se inician las medidas encaminadas a prevenir y a reparar los daños causados por la enfermedad profesional denominada silicosis, incluida ya en un cuadro de dolencias de aquélla índole, comprendido en la ley de 13 de julio de 1936, que, como muchas de las disposiciones de esta clase dictadas por la España, no tuvo otro resultado que el efectista de su aparición en la «Gaceta». El Decreto de 3 de septiembre de 1941 establece con carácter obligatorio el Seguro de Silicosis, creando en la Caja Nacional una Sección encargada de administrarlo, y resolviendo así el problema más difícil de los que plantean las enfermedades profesionales. Se distingue esta disposición por el marcado carácter reaccionario, y sin más precedentes en la legislación social española que el Decreto de 22 de febrero de 1941, mejorando el régimen de Subsidios Familiares, que impone la concesión, con efecto retroactivo, de las prestaciones económicas que establece y que son las mismas del Seguro de Accidentes del Trabajo en la industria. La aplicación de la retroactividad de este precepto ha sido tan eficiente, que ya están percibiendo pensiones. A ello contribuyen las autorizaciones de la Caja Nacional último, autorizando a la Caja Nacional para anticipar su importe. Nunca se había preocupado el Estado liberal de los productores atacados por esta terrible enfermedad, que en minas o fábricas contaminan su salud en un fatal proceso de intoxicación, sin tener la garantía de una protección para su vida y una ayuda para su posible inutilidad.

Por esta sumaria exposición puede apreciarse cómo va ampliándose el Régimen de Seguro de Accidentes del Trabajo y cómo en esta rama progresiva de la legislación social van cumpliendo también los puntos del Partido desarrollados en el Fuero del Trabajo, y convirtiéndose en fecunda realidad las consignas del Fuero del Estado de mejorar la suerte de los trabajadores, así como de dignificar su condición social de productores, proporcionándoles la seguridad del amparo de la acción estatal en el infortunio; protección que es índice claro de la virtud de nuestro Movimiento.

Que ese camino de la Previsión Social—en el que tantas conquistas y avances se van alcanzando y que con intensa efervescencia empezaron a lograrse en aquellos momentos en que sobre la sangre de nuestros mártires se estaba levantando el grandioso monumento de los españoles a la Patria—conduzca a todos los españoles a prestar su cooperación a la obra de la protección del trabajo, contribuyendo así a la victoria de la batalla por la paz social, en cuyas líneas más avanzadas formaremos siempre los hombres del Instituto Nacional de Previsión, con el mismo espíritu con que hemos formado en las Cruzadas, obedientes, hoy como entonces y como mañana, a la voz de nuestro Caudillo y al imperioso deber que nos señala la Falange.



Subsidio de vejez

Por MARIANO FUENTES CASCAJARES

(Jefe del Servicio Nacional de Vejez y Maternidad)

AMANECIA en España el 18 de julio de 1936. Más que entusiasmo, delirio por recobrarla, y una avalancha de gente joven, dispuesta al sacrificio, hizo de sus cuerpos y de sus carnes barrera ante la anti-España.

Y se ganó la guerra al mismo tiempo que se iba preparando el nuevo orden. Fue promulgado el Fuero del Trabajo, verdadero Código Social del Nuevo Estado, que en su Declaración décima asegura una verdadera revolución en materia de Seguros y de Subsidios Sociales; revolución constructiva que aprovecha la experiencia, mejora los procedimientos y crea los beneficios nuevos y tangibles.

La primera reforma de la legislación de Previsión anterior al Movimiento, el primer paso en la realización de las promesas de la Declaración citada de este Código fue la reforma llevada a fondo en el Retiro Obrero Obligatorio, seguro social que pudo ser una aspiración en el pasado siglo, pero mezquina a todas luces y de insuficiencia, apoyada en el coste de vida de su tiempo y en una exagerada precaución matemática. ¿Qué parecería hoy a nuestros trabajadores ancianos la renta diaria de 15 o 20 céntimos? ¿Sería posible su sustento? Puesta en práctica la legislación anterior, ésta hubiera sido la pensión que en nuestros días correspondiese a la mayoría de los inscritos. Este sistema caduco obligaba a una reforma vigorosa, alejándonos de los temores excesivos de quebrantar la solvencia del futuro y asegurando a los que fueron trabajadores en mayor extensión unos beneficios reales y más crecidos.

Quiso el Caudillo, y la ley de 1.º de septiembre de 1939, creadora del Subsidio de Vejez e Invalidez, al elevar la pensión diaria y uniforme a tres pesetas, se preocupó no sólo de los ya afiliados al citado Retiro Obrero, aunque se hubiesen beneficiado del mismo, sino también de los trabajadores que no figuraban en sus censos por omisión de las Empresas o—debemos decirlo—por apatía de ellos mismos, que consideraban la pensión de vejez como una mejora social de cuantía insignificante y a largo plazo.

La generosidad de la ley anticipa el subsidio, desde los sesenta años, a los que encontrándose inútiles para todo trabajo, estuviesen afiliados al Retiro Obrero, lo fueren dentro del año 1939 o quedasen incapaces en lo sucesivo, después de inscritos en el nuevo régimen de Subsidio de Vejez.

Me ocuparé de la cuantía del subsidio: tres pesetas diarias, desde el punto de vista de una localidad populosa, de vida cara, por tanto, no puede ser más que una ayuda a otro ingreso económico de fuerza mayor. En general, podríamos definir la pensión de Vejez como la contribución del anciano al hogar familiar, propio o de sus hijos y allegados, que se sostiene con las aportaciones de varios familiares. En este caso el subsidio dignifica la figura del trabajador, que ha cumplido su misión de productor y puede mirar en los últimos años la tranquila compensación de no ser gravoso a los demás. Pero en el medio rural se basta el subsidio para convertir al viejo trabajador en un rentista. Y es frecuente que su esposa, dedicada en su vida de trabajo a las tareas agrícolas, disfrute también en su vejez el mismo beneficio, y entre ambos consiguen las seis pesetas diarias, que es el jornal de un trabajador agrícola en período normal. Y si se añade que el subsidio es compatible con el trabajo doméstico, etc., bien podemos pensar que ha sido una verdadera solución y que en un fuerte acicate para que la población trabajadora de España se preocupe de que su inclusión en esta rama de Seguros y Subsidios no pase inadvertida por las Empresas.

El subsidio afecta hoy a todos los trabajadores por cuenta ajena cuyos labores

alcanzan hasta las 9.000 pesetas. Puede pensarse que muchos de estos trabajadores disfrutaban de una remuneración suficiente para constituirse por sí solos pensiones de retiro, y así lo intentan algunos, con sus cotizaciones en Mutualidades obreras de tipo voluntario; pero el actual régimen obligatorio es generoso, y con el deseo de no anular estímulos de previsión muy plausibles, hace compatible el subsidio con la pensión conseguida por aportaciones de carácter mutualista.

Por su origen altamente patriótico y por la calificación de nuestra época, las re-

lación de los trabajadores, el Erario no está comprometido a los aumentos progresivos de la concesión de pensiones, y declaró beneficiarios, en un movimiento de justicia social, a todos los trabajadores por cuenta ajena que alcanzaron la edad de retiro o la señalada para los inválidos, estuviesen o no afiliados.

Ya en los principios del año de 1940 los locales y las dependencias del Instituto Nacional de Previsión, tanto en su sede central como en las oficinas provinciales, eran insuficientes para contener a los ancianos, a los familiares y a los interme-



compensas militares con pensión vitalicia no merman la cuantía del subsidio.

Una mirada al exterior enaltecerá nuestro régimen de Vejez, y si tomamos como referencia a Italia, país donde son ejemplo la asistencia y previsión social, veremos que el Seguro para la Invalidez y Vejez tiene también la modalidad de alcanzar con pensión vitalicia temporal al cónyuge superviviente en caso de muerte del titular antes de conseguir ser pensionista.

El Estado contribuye con una cuota anual de 100 liras por cada pensión y satisface la mitad de las asignaciones declaradas en favor del cónyuge viudo o a los hijos de edad que no supere los quince años.

La cuota corre, por mitad, a cargo de la empresa y del trabajador, es proporcional al salario y oscila entre 0,50 y 3 liras semanales.

La pensión está constituida por una cuota base igual a cinco veces el término medio anual de las contribuciones, más tres décimos; la cuota de 100 liras que aporta el Estado y la de los hijos, que calcula en un décimo por cada uno.

La pensión media de un titular con treinta años de contribución y dos hijos menores de dieciocho años es de 2.519 liras.

No es ocasión de establecer comparaciones entre nuestro Subsidio de Vejez e Invalidez y este régimen paralelo. No obstante, en éste se aprecia la ventaja de tener la prestación de viudedad y orfandad temporal, y el nuestro se destaca por su liberalidad, que unifica la pensión en beneficio del afiliado. Empezó abonando cantidades sorprendentes, no exige la apor-

diarios, ávidos todos de conocer personalmente la confirmación de la buena nueva, que pregaron los distintos medios de propaganda. Hubo que organizar el acceso, y ello patentizó la buena acogida del naciente Subsidio de Vejez.

En nuestras ventanillas se interrogaba constantemente: "Yo, que he trabajado toda mi vida por cuenta ajena, ¿tengo derecho a las tres pesetas?" "Sí. Ya cobré el saldo de mi libreta de Capitalización del antiguo Retiro Obrero. Trabajé toda mi vida por cuenta de otros, pero no me afiliaron." "Yo no leo el 'papel' y apenas veo." "¿Podré cobrar?" ¡Cuánta ansiedad satisfecha y qué alegría revelaban esos rostros rugosos curtidos por el aire y el sol de muchos años de esfuerzo físico o de agotamiento intelectual! Muchos de estos ancianitos prodigaban delirantes sus bendiciones al creador de nuestro nuevo Estado.

La copiosísima correspondencia se plasmó en cifras halagadoras por su importancia y sucesivo crecimiento. Durante el primer año de vigencia del régimen no pudo llegarse a la liquidación total de expedientes por falta de funcionarios en el número que el volumen de peticionarios exigía. En fin del citado año de 1940 existían ya, no obstante, 123.631 subsidiados. El mayor número de éstos correspondía a Barcelona, con 8.855, y el menor a Ceuta, que solamente tenía 86 ancianos en el disfrute de su renta de Vejez. Muy corriente era la cifra de dos a tres mil que contaban las provincias de Burgos, Cáceres, Cádiz, Gerona, Guipúzcoa, Huelva, Málaga, Murcia, Oviedo, Salamanca, Santander, Valladolid y Zaragoza. En esa fecha eran

167.000 las Empresas afiliadas y 566.800 los obreros acogidos al Régimen de Vejez. La recaudación de este año 1940 alcanzó la cifra de 111.055.401,71 pesetas, incomparable con la que se obtenía en el extinguido Retiro Obrero. Para la momentánea dificultad de atender a la resolución de todos los expedientes no se regateó esfuerzo alguno, improvisando los medios, pues las obligaciones eran firmes desde que en derecho correspondieron. El efecto retroactivo de la ley, al amparar a los antiguos afiliados al Retiro Obrero y a los que en estando inscritos justificaron su habitualidad en el trabajo, habría de pesar en ejercicios posteriores.

En 1941 aumentaron en 51.827 las Empresas afiliadas en la Industria, y fueron 21.206 las nuevas explotaciones agrícolas censadas. En los obreros industriales se registra un número de altas que aproxima la cifra total al millón. Los afiliados agrícolas se incrementan con 87.000. La recaudación llega a 143.660.023,16 pesetas. Más de treinta y dos millones y medio de pesetas sobre la cifra del año precedente. Pero los pagos arrojan en este mismo año 172.743.228,82 pesetas, y representan un aumento de 78 millones y medio de pesetas y un desequilibrio con la recaudación de más de 29 millones. Los beneficiarios del subsidio se cifraron en 167.269, lo que supone un aumento de 43.500. El movimiento administrativo en este mismo año registra 264.987 escritos recibidos y 311.973 producidos. El aumento de operaciones es sistemático y denota la pujanza y la consolidación de sus operaciones.

En el año de 1942 se registra un impulso insospechado. El Caudillo, el 27 de marzo de este año, honró al Instituto Nacional de Previsión con su visita, y en su magnífico discurso reiteró públicamente su predilección por esta gran obra social del nuevo Estado. El camarada José Antonio Girón, al frente del ministerio de Trabajo, con singular acierto y denodado entusiasmo, felizmente secundado por sus colaboradores, dirige y orienta la marcha. Abre un ancho portón a las propuestas de mejoras que el Instituto, a su instancia, formula, y su fecunda labor repercute ostensiblemente en los resultados. Las cifras van señalando la marcha ascendente de la labor ministerial de este ejemplar camarada. Entre tantas inspiradas disposiciones citaremos, por su importancia, tres, como muestra; el decreto del Estado número 349, de 15 de diciembre anterior, que dispone la inclusión, a partir de 1.º de enero siguiente, de los trabajadores por cuenta ajena cuya retribución no exceda de 9.000 pesetas, elevando el tope de 4.000 pesetas anteriormente establecido; la orden de 7 de marzo, que define concretamente qué ha de entenderse por percepción extraordinaria a efectos de cotización en los Seguros y Subsidios Sociales en general, y, por último, la orden de 27 de abril, sobre procedimiento de pago de cuotas del Subsidio Familiar, cuyo artículo 17 autoriza a las Empresas acogidas al sistema de Pago Autorizado o Impuesto para pagar sus cuotas de Vejez trimestralmente. Las dos últimas son de signo negativo a la anterior, y estas fuerzas contrapuestas rigen los resultados del año en curso, que pueden cifrarse hasta el presente en considerables aumentos convertidos en cantidades cuyo alcance no podría calcularse.

Los subsidiados en fin del año presente serán 172.000, y se habrán satisfecho CUATROCIENTOS TREINTA Y SEIS MILLONES de pesetas en los tres años de actuación.

Algo queda por hacer, y de mucha importancia. Mientras se llega a la ejecución del régimen especial establecido para el campo, sigue en suspenso la cotización de las explotaciones agrícolas, motivo que justifica el desequilibrio entre ingresos y pagos.

El otoño de los viejos

Por ROMAN ESCOHOTADO

UN sabio profesor, sesudo y consecuente, podría decir, acaso, por ejemplo: "Grecia fué gobernada por los viejos, y aunque se haya afirmado que el caudillaje exige juventud en el mando, lo cierto es que era Julio César un viejo a la manera que hoy entendemos eso de la edad. Yo no creo en los hombres de menos de treinta años."

Sin embargo, la Historia quitaría la razón al sabio profesor en épocas y tiempos que piden a la vida una andadura olímpica de esfuerzo y de combate. Estos días de hoy son de ese estilo. Si es verdad que el talento y la experiencia, que son sabiduría por igual, son valores maduros, ¿quién puede sostener que sean los mejores de lo que el hombre ostenta, los mejores que pueden ofrecer a la empresa de sus patrias los hombres? La guerra, por ejemplo, necesita otras grandes realidades humanas. Ante la dura muerte y el glorioso servicio la experiencia no existe para nadie. Y es curioso que sea más fácil el morir de los que son más jóvenes. Más alegre, también; más grande y más hermoso.

Horas de juventud, juventud combatiente, son las horas que hacen hoy la Historia del mundo, quieran o no lo quieran las nostalgias. Porque al ser simplemente las horas de una guerra universal inmensa, son también los que inician en el mundo una Revolución, y tampoco para ella se precisan — acaso hasta se excluyen en su raíz más honda — madurez y experiencia. La generosidad, la fe, la valentía, el alegre ensoñar, son realidades mozas, porque el hombre se hace más sabio cada día, pero también se gasta.

Pero también se gasta. Y aquí anida el secreto más profundo y más grave. Al final, a la vuelta del camino del hombre, está la ancianidad, como el rigor más alto y más difícil, el último de todos. No pasa así a los pueblos, como al hombre, porque los pueblos son, por antiguos que sean, cada día renovados, cada día más nuevos y más jóvenes. Y así la plenitud más cierta de los pueblos reside en una fórmula de equilibrio admirable entre las diferentes generaciones de hombres que los forman. En nuestra vieja España, en los días mejores de su imperial Historia la verdad aparece con claridad de luz que casi ciega. El Imperio — católico — fué eso. Mozos que hacían la Historia. Y viejos que, seguros, confiados, alegres, bendecían el paso riguroso, la rotunda andadura de los jóvenes.

Para este bendecir de nuestros viejos, para esta comprensión que sepa vincularse a la gloria más alta de sentirse creadores, como padres, de las generaciones que ahora escriben la Historia, yo he creído mil veces que sólo es necesario un mutuo sentimiento de afecto y confianza. De afecto por la parte de los jóvenes. Y de fiel confianza por parte de los viejos. Ni nosotros debemos acusar a los hombres que han cumplido su empresa a su manera, sino tan sólo procurar servir la nuestra a nuestro modo; ni ellos deben cerrar fieramente los ojos al esfuerzo presente. La causa de esta sorda lucha de las edades y los hombres, acaso está tan sólo en un afán ilógico y, sin embargo, humano, que consiste, a la postre, en anhelar, querer, lo que no se posee. Contemplando con un sincero y limpio sentimiento imparcial esa lucha "escondida" — que viene a ser la lucha "de clases" más dramática — entre viejos y jóvenes del mundo, se aprecia fácilmente que unos y otros querían lo que la vida niega fatalmente. Los jóvenes, hacer la Historia que fué hecha en los días pasados al estilo del tiempo, de su tiempo. Y los viejos, seguir componiendo esa Historia a su manera. Lo mismo, a fin de cuentas, que si el agua del río se quisiera volver, caminando hacia atrás la ruta de su cauce. Lo que es un sentimiento, al fin y al cabo — y por eso

es humano y peligroso —, inoperante y triste. Un simple sentimiento de nostalgia.

España es todavía — para bien, para mal — vieja como sus viejos. Pero anhela ser joven. Este anhelo es eterno en nuestra vieja tierra. Nuestra Historia mejor es sólo primavera. Primavera, los tiempos increíbles, inexpertos, milagrosos, en que tres carabelas, las joyas de una Reina casi pobre, las teorías de un loco soñador y la dura entereza de unos jóvenes hacían la Tierra doble y la poblaban. El que quiera pensar lo que dirían, lo que entonces dijeron las gentes de experiencia, cuando los tres navíos de Colón se echaron a la mar, tiene contestación para lo que hoy nos digan. Y existe una constante, invariable y feliz, en nuestra vida, en la vida de España: jamás lo juvenil ha fracasado; lo heroico, lo inexperto. En cambio, muchas veces se ha hundido lo contrario. Nuestra Cruzada, al fin, parecía un suicidio al iniciarse.

Viniendo de la tierra del Portugal hermano, aun no hace muchos días, tras la contemplación silenciosa del Tajo, hemos escrito: "Uno vuelve a Madrid desde Lisboa. Ferry-boat del Tajo. Carretera de

Plaza de España. Por la Gran Vía bajan, orgullosos, altivos rascacielos, humos de burocracia. Por Leganitos sube — también aún, todavía —, pasito a paso, el buen Pérez Galdós. "Sol y sombra" en los bancos verde-oscuros. Y en un banco sentado, con lentes negros, ropa sucia, bastón y botas altas, el viejo profesor de equitación.

Le habíamos olvidado. En verdad, ¿a quién importa este guerrero muerto? Nace el año setenta, el año ochenta. Va a Cuba, vuelve, ya con una sombra triste en la mirada. Un día de primavera ve a sus reyes, entre el polvo y el trueno de una bomba, en la calle Mayor. El "Barranco del Lobo". La "Semana trágica". Huelga del 17: cañones y soldados en los Cuatro Caminos; temblores de odio oscuro en la barba del viejo Pablo Iglesias. Annual. La Dictadura. La República. El rey, de noche, huyendo a Cartagena. Lágrimas de la reina, sobre la arena seca de un camino, en Galapagar. Después... Tres años esperando — ya de viejo —, temblando, entre blasfemias. Luego... ¡otra vez la vida! ¡Franco!... Parece que unos mozos, de quien él no

Quien dice en sus caballos dice en su tiendecita, en su casa en la calle de Toledo, en su hija soltera, en su secretaria, en sus dos colinitas con olivos... ¡Ay! ¡Si fuera posible hacernos comprender! ¿No está en eso, el secreto? ¿En eso, tan difícil?...

Queremos para España primaveras en que la vida fuerte de su rango sin par comience cada día. Pero para estos viejos españoles, que tuvieron, al fin, peor suerte que nosotros, a la hora del reparto de los tiempos de España queremos, no el invierno, si el otoño dorado y la sonrisa. Nadie le diga a un viejo que cumplió mal su vida, porque no hay sentimiento más penoso que ese. Y además porque, acaso, no es verdad su pecado. Ellos también lucharon. Y si fueron vencidos, la derrota no puede manchar ahora sus canas a través de nosotros. Porque somos sus hijos, simple y cristianamente.

El otoño dorado y la sonrisa clara para el viejo maestro, el viejo militar, el viejo comerciante, el viejo jornalero, hasta el viejo poeta que equivocó su cántico. ¿Qué más quieren los viejos que ese sol del otoño confirmando la fuerza de nuestra primavera? ¿Qué más pueden querer que la contemplación desde el banco tranquilo de un paseo de la marcha hacia arriba de un pueblo que renace y que es su propio pueblo derribado? Si alguna vez no entienden nuestro idioma, es porque hay que explicárselo despacio, bajo el sol de su otoño.

En torno a esa verdad cristiana y justiciera de la Previsión Social, me pide SI que hable de los viejos y de las atenciones y cuidados que el Estado les debe y les otorga. Vengo a hacerlo a mi modo, procurando que sea al modo que los viejos me comprendan. Porque he visto llorar a un maestro de escuela, sin escuela a fuerza ya de años, al leer en los periódicos que, por orden de Franco, se creaban en Marruecos, en Argelia y en Francia, no hace aún muchos días colegios españoles. Porque he visto llorar, lejos de España, gentes viejas y fieles, por España. Y porque sé que, al fin, el corazón del hombre no tiene edad ninguna si se le busca bien. Y porque sé, también, que por encima de los innumerables corazones que viven y se angustian por España, cada uno a su modo, está la Patria única y común, que amamos por igual, a la que hemos servido, servimos y habremos de servir los que, a la postre, somos lo mudable.

Junto a la primavera que nos lleva — ¡y por siempre nos lleva! — cuidemos el otoño de los que ya han vivido, de los viejos, con la mejor ternura inteligente. La Previsión Social del Estado español sabe atender a esto en cuanto corresponde a su servicio y da, y dará aún mejor, a nuestros viejos paz, pan, sol y reposo merecido. Pero somos nosotros, hombres del hoy de España, los que hemos de luchar para que nos comprendan nuestros viejos, vencidos por la vida, acaso por el triste escepticismo, tal vez por la ruindad y tal vez por peores sentimientos que ese. Si se trata de España, ha de ser de toda ella de la que hemos de hacer un pueblo levantado. Unánime en la alegre empresa de la Historia. Los viejos son España en el otoño. Los viejos son España en el otoño, porque así corresponde a la razón más honda de la vida del hombre. Pero ese otoño debe querer la primavera de su lejania. Porque — lo repetimos — el Imperio, a la usanza española, en el rigor católico, fué eso y tendrá que ser eso. Mozos que hacen la Historia. Y — ¡los que, seguros, confiados, alegres, la bendicen a la sombra de Dios.



Elvas, la fortificada, camino del Guadiana, a Badajoz, donde soñó Balboa, cuando niño, con el talle de América. Duras y ardientes, desoladas tierras de España. Luego, Madrid. Verbenas todavía en los solares. Un Madrid inexplicable sobre esta tierra seca que en nada se anticipa a anunciar la ciudad. Ni un árbol, ni un río, ni una pradera alegre. Tampoco arquitectura. ¿Por qué no fué Sevilla la elegida? ¿Por qué no Barcelona, que al pie de viejas torres tiene el Mediterráneo? ¿Y por qué no — en los tiempos filipenses — Lisboa, rica-hembra, capitana, jardín y Tajo ilustre, enamorando Américas?

Paseo de San Vicente, cuesta arriba, hacia los tres castaños melancólicos de la

sabía, van a salvar España para siempre. ¿Querrá Dios?... Viejo y todo, aún podría volver a abrir su "Escuela". Fué famosa. Se llenaba la calle, en el verano, del olor aldeano de la cuadra...

¿Quién le explica la vida al viejo profesor de equitación? ¿Quién le dice que hay cosas — mil cosas — que se fueron, que no volverán nunca? El no puede entenderlo. Nació el año setenta, el año ochenta. Sin saberlo, sus hermosos caballos llevaron a la Patria — trote largo — a la tumba. Aquello fué una España que acababa y esto otra que comienza. Trágicamente suenan de modo diferente, distinto, las palabras. Ya se ve. El viejo está pensando en sus caballos.